

La imagen de Santiago a través de la plegaria de la Iglesia, de sus milagros y de sus apariciones

Humbert Jacomet

Invocación

De creer en la palabra de Geoffroy de Beaulieu, que fue confesor del rey Luis IX de Francia (1214-1270) durante veinte años y que lo asistió en sus últimos momentos, el rey, tendido ante Túnez en su lecho de dolor, habría invocado a Santiago tantas veces como a san Denis, “patrón especial de su reino”. “Y repitió también varias veces” –añade en el *Libellus* que redactó por encargo del papa Gregorio X, a partir del año 1272– “el comienzo de la plegaria a Santiago Apóstol: ‘Que el Señor sea el santificador y el guardián de tu pueblo’”. Joinville, por su parte, cuando evoca la vida del soberano con el que se hizo cruzado, declara que “tuvo la mayor confianza en Dios desde su infancia hasta la muerte, pues en el momento de morir invocaba en sus últimas palabras a Dios y a sus santos, y en especial a su Ilustrísima Santiago y a Santa Genoveva”¹. De hecho, basándose en el testimonio de Pedro de Francia, conde del Perche y de Alençon, quinto hijo del difunto rey, nacido en el año 1251 en Château-Pèlerin, en Tierra Santa, cuenta cómo san Luis, a las puertas de la muerte, “apeló a los santos para que lo ayudasen y socorriesen y en especial a su Ilustrísima Santiago pronunciando su oración que comienza *Esto Domine*, es decir, Dios, santifica y protege a tu pueblo”².

Pudiera ser que esta devoción particular, resurgida en las ansias de la agonía, se inspirase en el ejemplo de su madre, Blanca de Castilla (1188-1252), a la cual se sentía muy unido. Sabemos cómo la reina, sobre cuyos hombros descansaba el pesado fardo de la regencia, fue disuadida por su confesor, Guillermo de Auvernia, obispo de París de 1228 a 1248, de ir en peregrinaje a Santiago. La situación de la corona lo exigía y la reina consintió en sacrificar sus sentimientos, vertiendo su generosidad sobre los Hijos de Santo Domingo. “*Accipiatis peram et baculum, et eatis ad Sanctum Jacobum, id est ad domum ipsorum, et solvatis eorum debitum*”, le habría dicho este auverniano célebre por la audacia de sus réplicas³. Sin embargo, Luis IX, que tenía veinticinco años y ya era rey, e incluso estaba a punto de convertirse en padre de familia, cuando acompañó a su madre al convento de Hermanos Predicadores, llamado Convento de Santiago, el 25 de julio de 1239, día de la fiesta del Apóstol –*die Sancti Jacobi*–, fue testigo de la donación de 9 sueldos que su madre le hizo a un clérigo español –“*quidam clericus Hispanus*”– que probablemente habría viajado a París con el deseo de ganar sus grados estudiando la *sacra pagina*. Por lo

visto, el rey, cruzando el Petit-Pont, en la colina de Santa Genoveva, se habría dirigido al barrio de la Universidad para honrar la fiesta del Apóstol.

Sea como fuere, la oración de la misa de Santiago comienza con estas palabras: “*Esto, Domine, plebi tue sanctificator et custos*”, seguidas de una invocación a aquel al que Dios escogió para ser en su pueblo instrumento especial de su gracia y de su protección: “*ut apostoli tui Iacobi munita presidiis (o suffragiis) et conversatione tibi placeat et secura tibi mente deserviat*”. Por tanto, fue a este intercesor particularmente atento a quien el santo rey dirigió su plegaria en esta coyuntura dramática, en la cual el fracaso de una expedición arriesgada se había agravado por la desaparición inminente de su jefe. Por lo demás, algunos años antes, el propio Joinville, al ver caer uno tras otro a sus caballeros arrinconados por los turcos y sintiendo que su última hora se aproximaba, creyó que lo mejor era invocar al Apóstol: “*Y entonces me acordé de mi señor Santiago*”. Enseguida elevó hacia él esta súplica apremiante: “*Hermoso señor Santiago, a vos os pido que me ayudéis y que acudáis en mi auxilio en esta necesidad*”⁴. Más tarde, también tomará la precaución de invocarlo, pero con motivo de la fiesta del Apóstol, como “*peregrino*” de Galicia y beneficiario de sus numerosas buenas obras –“*quel pelerin je estoie et qui maint bien m’avoit fait*”⁵.

La confianza del rey en Santiago era compartida, por tanto, por los barones de su entorno, a los que animaba una misma devoción por la corte celeste, dentro de la cual no cabe ninguna duda de que el Mayor ocupaba un puesto eminente. Con toda razón pues, un predicador de origen normando como Ranulphe de la Houblonnière, canónigo y más tarde obispo de París, en el año 1280, calificó a Santiago de “*combatiente*”. ¿Acaso este ardiente apóstol no vuela en auxilio de todos aquellos que exponen su cuerpo al peligro y su alma a la agonía, blandiendo con el resplandor del rayo la espada acerada de su invencible fe? Balbuceando humildemente estas palabras: “*Santifica a tu pueblo, Señor, y muéstrate su guardián, para que con la ayuda del apóstol Santiago pueda llevar una vida agradable a vuestros ojos y serviros con el alma en paz*”, el devoto monarca entraba con el pensamiento en la liturgia propia de la fiesta de Santiago, cuya plegaria inaugural permaneció invariable desde el sacramentario gelasiano del siglo VIII hasta nuestros días, como lo demuestra el misal bilingüe editado hace tiempo por el jesuita Feder⁶.

La antifona que precede a esta *colecta* advierte precisamente al fiel de la gran estimación que Dios muestra a sus santos: “*Ya lo veo, Dios mío, tú das a tus amigos una gloria inmensa; tú estableces sólidamente su autoridad*”. Y prosigue inspirándose en el salmo 138: “*Señor, tu mirada me ha penetrado, y tú me conoces; tu Pensamiento me sigue cuando me acuesto y cuando me levanto— Domine, probasti me, et cognovisti me: tu cognovisti sessionem meam, et resurrectionem meam*”. Constatamos que estos versículos, que el santo rey sabía de memoria, no sólo no estaban faltos de sentido en su situación ante Túnez, a punto de abandonar a sus hombres a las puertas de la muerte, sino que esta antiquísima liturgia romana tenía, en lo que respecta al destino excepcional de Santiago, un acento en cierto modo premonitorio.

Tampoco resulta raro encontrar, con ocasión de las vísperas o de los laudes de este o aquel oficio compuesto en honor al Apóstol, en la lengua florida del *Liber Sancti Jacobi*, antífonas mucho más explícitas. Por ejemplo, en *Vísperas*:

“O quanta sanctitate et gracia beatus Iacobus refulget in celis, qui uirtute Dei tanta miracula agit in terris; nullus enim est qui enarrare queat quanta beneficia tribuit petentibus se toto corde” (¡Oh con cuanta santidad y gracia brilla Santiago en los cielos, ya que con el poder de Dios hace tantos milagros en la tierra! Nadie puede narrar cuántos beneficios concede a los que le piden con todo su corazón)⁷; y más lejos, en *Laudes*:

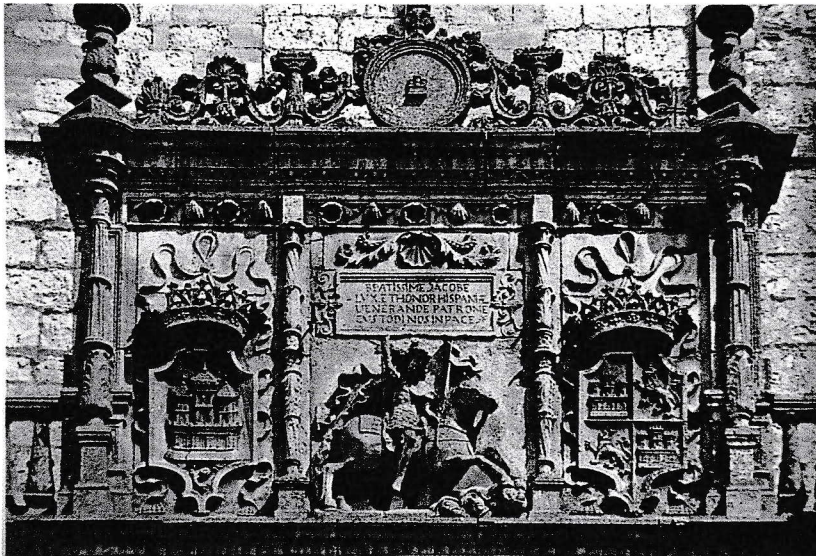
“Apostole Christi Iacobe, eterni regis miles invictissime, qui in preclara apostolorum curia ut sol micans inter astra refulges in gloria; te supplex nostra deposcit caterva, ut tua prece, cuncta eius deleas crimina, et duce, poli mereamur scandere regna” (Santiago, apóstol de Cristo, soldado invicto del Rey Eterno que en la corte gloriosa de los apóstoles, como el sol entre los astros, brillas en la gloria; nuestro pueblo suplicante te pide que, por tu mediación, sean borrados sus crímenes y que, sirviendo tú de guía, podamos escalar el Reino del Cielo)⁸.

Como sabemos, estas antífonas están llenas de elementos prestados de este o aquel sermón que, en el Libro I del *Codex Calixtinus*, preceden a la parte propiamente litúrgica, ya sea el *Veneranda dies* o el *Vigilie noctis sacratissime*. Por ello, es comprensible que, elegido protector de todo un pueblo, Santiago haya sido aclamado sin más dilación *Lux et Decus Hispanie*. Y es precisamente en el *Liber Sancti Jacobi* donde se encuentra por primera vez esta invocación llamada a traspasar las fronteras⁹. Sin embargo, unos trescientos cincuenta años antes, el himno *O Dei verbum patris*, que saluda el advenimiento del reino asturiano, ya que está dedicado al rey Mauregatus (783-788), considera ya al Apóstol decapitado por Herodes: “*Caput refulgens aureum Ispanie*”, como siendo: “*Tutorque nobis et patronus vernulus (...)*”, en la línea de los *Comentarios sobre el Apocalipsis* de Beatus de Liébana. En todo caso, resulta chocante encontrar la antífona *O lux et decus Hispanie* incluida en el *Breviario de Miranda*, o *Breviario antiguo compostelano*, en el día de la fiesta del Apóstol¹⁰, mientras que la oración *Esto Domine plebi tue sanctificator et custos* figura en las vísperas¹¹. De este modo, las dos plegarias –la romana y la hispánica– resuenan bajo las bóvedas de la basílica de Compostela desde finales del siglo XV (ca. 1475) y sin duda mucho antes.

Sea como fuere, en el coronamiento del pórtico del umbral de la capilla del Hospital del Rey, erigido en la primera mitad del siglo XVI en Burgos y que acoge a los peregrinos de Galicia desde el siglo XII, puede leerse esta ardiente súplica: *Beatissime Iacobe Lxx et Honor Hispaniae Uenerande Patrone Cvstodi nos in Pace*. El texto, grabado en caracteres romanos, se eleva sobre una mesa por encima de la imagen caracoleante del santo que alza su estandarte. Por lo demás, esta plegaria declinada y difundida de numerosas formas precisa cuidadosamente el campo de intervención consagrado a este apóstol conquis-

tador que es calificado expresamente de *sublevator oppressorum* (báculo de los oprimidos) y de *suffragium viatorum* (recurso de los peregrinos). Ciertamente, estas dos expresiones

no se leen tal cual en el *Codex Calixtinus*, pero ¿acaso no se encuentran contenidas implícitamente en las dos antífonas citadas anteriormente? La continuación de esta oración, común tanto a la versión primitiva como a sus adaptaciones —como lo demuestra este texto extraído de un *Libro de Horas* flamenco que data del año 1512: “O te Sancte Iacobe: lux et decus hispanie, Iacobe sanctissime, sublevator oppressorum, suffragium viatorum, qui inter apostolos primus martir laureatus (...)”¹²—, explica muy bien la causa de esta extraordinaria capacidad de acción, incluso si la fórmula está abreviada, ya



Santiago matamoros. Fachada del Hospital del Rey (principios del siglo XVI). Burgos

que el *primatum tenes*, tan estimado por la Sede compostelana, ha sido omitido de manera evidente.

¿Una iconografía problemática?

Santiago debe, claramente, su proyección al hecho de haber sido el primero de los Doce en sufrir martirio: *qui inter apostolos primus martir laureatus*. Es pues de su sangre vertida de donde extrae su fulminante energía y distribuye el maná de sus milagros. El precio que pone a sus favores no es otro que el de su sacrificio. Atenta o no a estas palabras, la iconografía ha asociado a menudo el rostro del Apóstol a la escena de su decapitación, ya sea representado a caballo en medio de las batallas o padeciendo en el rudo camino de sus peregrinos. Quizás nadie lo ha podido expresar mejor que Juan Fernández Navarrete *El Mudo* sobre el lienzo que pintó, en el año 1571, para las Salas Capitulares del monasterio de El Escorial. En su propio santuario, en Compostela, hasta comienzos del siglo XVI, la veneración de las reliquias y de la imagen del santo eran inseparables de la contemplación del machete que había servido para degollarlo a él y a su discípulo Josias. Incluso llegó a haber dos machetes unidos a su altar por una cadena, cuyo arqueo y filo eran admirados beatamente por los peregrinos perplejos, como lo

demuestra la famosa miniatura que sirve de frontispicio en el cartulario del Hospital Saint-Jacques de Tournai¹³.

Se podría pensar, con razón o no, que nos encontramos en presencia de una iconografía bárbara, regida por un pensamiento prelógico y contaminado con demasiadas preocupaciones humanas, ya sea el sudor del peregrinaje o la sangre vertida durante la Reconquista. Si por un lado las Reformas y, por otro, la victoria de Lepanto (1571) deberían haberle puesto término definitivamente a la imaginería infantil, habría que reflexionar sin embargo sobre el nexo que la figura *política* del apóstol matamoros no ha dejado de mantener con la cruzada pacífica del peregrinaje. De hecho, resulta lícito introducir una divergencia en estas imágenes entre el plano sólido de la historia real —¿acaso san Lucas no es testigo de la decapitación del santo e informa de ella a Herodes: “*Occidit autem Iacobum fratrem Iohannis gladio*”¹⁴— y aquel más fluctuante de la leyenda que se confunde con el mito. Esta vicisitud triunfante se asemeja de manera extraña a la desgracia que disparó la repentina promoción de Juana de Arco (1412-1431), quemada viva en Rouen y canonizada 1920, en altares que, como se adivina a veces, debieron de ser más los de la patria amenazada que los de la religión.

Pero, en realidad, el mito no es aquí una creación redundante. A semejanza de Juana de Arco, refleja bastante el espesor histórico de la devoción por Santiago, la intensidad del drama vivido; en resumen, todo aquello que hace que el apóstol invocado no sea un santo cualquiera, intercambiable, o una fuerza ciega, sino una personalidad única, terriblemente comprometida con el destino de aquellos que la invocan y eminentemente viva. En una palabra, el mito es aquí una encarnación y ésta, a imagen de la llegada de Cristo, constituye un dato histórico irrecusable, de efectos irreversibles. Eliminarlo del campo de la cultura sería como amputar un trozo de la conciencia o arrancarle una página al libro de la historia, aun cuando se presenta en la irrupción insensata de este mascarón de proa una tentación peligrosa, una desviación abominable, una amenaza para la tranquilidad del hombre de hoy en día, que no obstante no ve que no hay que olvidar que la vida es una lucha y que el hombre necesita coraje para ofenderse por una imaginería de este tipo.

Ahora bien, curiosamente parece que nos estemos confrontando a esta turbadora situación hermenéutica. No sin prejuicios se procedería a estigmatizar el singular proceso que parece desembocar, sin que no obstante osemos confesarlo, en percibir la imagen de Santiago “*Lvx et Honor Hispaniae*”, y a través de España, *Lvx et Decus Christianitatae* —si nos negamos a implicar a Europa en esta exégesis— como un hecho molesto que es mejor callar. ¿En virtud de qué miedo inconfesado Santiago se está convirtiendo en un enemigo declarado de la paz pública, si no hay una intención de exorcizar o de conjurar prontamente lo que su imagen puede tener de ambiguo y de comprometedor? Por otra parte, si observamos de cerca la figura del peregrino ésta no es en absoluto menos embarazosa que la del caballero, aunque sea *miles Christi*. ¿Qué ideal propone, por cierto,

la efigie de este iluminado del cual se teme que no vea más allá de la longitud, por lo demás respetable, de su bastón y cuál es el libro sobre el que a veces se detiene a reflexionar? ¿Acaso su horizonte no está poblado de espejismos y su espíritu, agobiado por el calor, no corre el riesgo de engañarse y despedirse debido al uso intemperante que está tentado a hacer de su calabaza?



Santiago peregrino
(hacia 1700).
Escuela compos-
telana

Un proverbio gallego respondió a esta inquietud por adelantado. ¿Por qué peregrinos sino para traer piojos y chinches? En cuanto al proceso de holgazanería y de embriaguez entablado contra los “caminantes de Dios”, la causa ya fue juzgada hace tiempo. El siglo de las Luces, derivado en este aspecto de la Reforma, le hizo justicia a través de la voz de la *Enciclopedia*, de la “devoción mal entendida” que suponen estas incesantes y agotadoras deambulaciones¹⁵. Este veredicto fue anticipado incluso por los edictos sobre el abuso de los peregrinajes promulgados en nombre del Rey Muy-Cristiano, su majestad Luis XIV (1643-1715), quien llegó incluso a condenar a galeras a los reincidentes marcados previamente con un hierro al rojo vivo. Poco importa si la evidencia que fulminó o cegó a Descartes acurrucado contra su estufa, una noche de invierno, lo condujese posteriormente a Lorette.

Por todo esto, se comprende por qué el Consejo de Europa, guiado por el *Espíritu de la Historia*, acordó, no sin prudencia, no retener del peregrinaje a “Su Ilustrísimo Santiago” de los tiempos antiguos, más que la parábola de sus caminos, los nexos de unión entre los pueblos, y el imperativo moral categórico de la tolerancia, condición *sine qua non* de la acogida. De esta manera, aliviados de la carga de lo irracional que supo-

nían los votos sagrados que echaban al camino a una muchedumbre de villanos, movidos por la penitencia y el arrepentimiento —ya fuesen desertores, labradores, burgueses o señores, sinceramente pobres o ladrones disimulados—, los caminos de Santiago y la figura del apóstol aventurado, incluso aventurero, que les sirve de punto de referencia, se vuelven un proyecto válido y un programa admisible. La marcha hacia la estrella se identifica a partir de ahora con la construcción europea, aunque la constelación inicial se esté transformando en una nebulosa. Aparentemente ya no se encuentra tan imantada por la *Estrella del mar*, *Puerta del Ciel* —*Stella maris*, *Porta Coeli*, a la que aspiraba demasiado en exclusiva el corazón de los peregrinos de antaño, de los que la *Gran Can-*

ción se hacía inocentemente la intérprete: “Rogamos a la Virgen María, / A su Hijo JESÚS, / Que tenga la bondad de concedernos/ Su santa gracia, / Que en el Paraíso podamos ver / A Dios & su Ilustrísima Santiago”. La proyección benéfica del *Campo de la estrella–Campus stellae*, así como de las digitaciones maravillosas de la concha que le sirve de emblema, fueron captadas para fines más sensibles.

Todo esto es perfecto, pero ello no es óbice para que las imágenes del Apóstol no hayan sido concebidas y creadas en el contexto psíquico etéreo y aseptizado que promulga el pensamiento *políticamente correcto*, en boga desde finales del siglo XX. Por tanto, no queda más remedio que resituar esta imaginaria en la tierra que la vio nacer, sobre todo si lo que uno pretende es descifrarla tomando al pie de la letra el extraordinario título que se le dio a esta exposición: *Luces de Peregrinación*. En efecto, resulta dudoso, a pesar de la violencia que parece emanar del temperamento de Santiago, que éste haya podido ser invocado durante cerca de un milenio sin haber sido nunca otra cosa más que la insignia publicitaria de su peregrinaje o la proyección interesada de los apetitos guerreros y de las ambiciones desenfrenadas de los promotores o de los aprovechados de su culto.

Por eso resulta descabellado, para seguir fiel a la nota de partida, interrogar fuera de España, lejos de los remolinos de la historia y de la crítica contemporánea, al margen incluso de la liturgia oficial, a la humilde *Oración* que se ofrece a continuación de las *Canciones de los Peregrinos de Santiago*, impresas en el libretto editado en Troyes, en 1718, con la idea de recoger la expresión más despojada y menos artificial, si es posible, de lo que los *jacobeos* y los simples fieles de finales del Antiguo Régimen esperaban del gran apóstol, a fin de intentar fijar de alguna manera los rasgos permanentes de su figura de intercesor:

“Oh Bienaventurado Apóstol Santiago”, se lee, “luz y antorcha del mundo, luz divina, Secretario de J(esús) C(risto), Testigo ocular de sus más grandes milagros, soporte de los Peregrinos, Consolador de los afligidos, Conductor de las Armadas Cristianas, & verdadero Mediador de todos los Peregrino(s), ten piedad de nosotros, & ruega a Dios que nos proteja de la peste, de la guerra & del hambre, del pecado & de la muerte súbita. Amén”¹⁶.

Aquí están formulados con toda sencillez y, al parecer, sin el menor complejo, los caracteres dominantes de la acción requerida por el Apóstol, que se muestra, una vez más, como el recurso de los peregrinos y la muralla de la cristiandad. Ahora bien, en dos ocasiones Santiago es llamado “luz” e incluso “antorcha del mundo”, lo que parece como mínimo hiperbólico.

A la luz de los Evangelios

El pescador de Galilea

La cuestión que se plantea, es saber, frente a la iconografía de Santiago, en qué es este último una figura luminosa, un rayo de esperanza en el desamparo que desborda de *este valle de lágrimas* que es la existencia para una gran mayoría de los habitantes de la tierra. En una palabra, en qué es incomparable este “apóstol del Firmamento” al que Claudel hace decir, en el *Soulier de satin*: “Yo, faro entre los dos mundos, a aquellos que separa el abismo sólo tienen que mirarme para estar juntos. Ocupo demasiado espacio en el cielo para que ningún ojo pueda engañarse (...). Los felices y los saciados no me importan. Es el dolor el que provoca en el mundo ese gran agujero a través del cual está plantado mi semáforo”?

Y si éste es el caso ¿cómo aquel hombre colérico al que su pasión le valió el apodo de *Boanerges*, no menos que a Juan, su hermano –lo que significa según Marcos hijo del trueno–, “*quod est filii tonitru*”¹⁷, del cual Lucas cuenta que, dolido en lo más hondo por la indiferencia de los aldeanos poco diligentes de un lugar de Samaria, le pidió a Cristo sin pestañear: “Señor, ¿quieres que le ordenemos al fuego que baje del cielo y los consuma?”¹⁸ –lo que le valió en el acto una severa reprimenda–, se convirtió en ese vigía en la noche, fanal para el viajero y luz de victoria en el corazón de la derrota, cuando todo está perdido? Ya que parece, al escrutar bien la liturgia o al leer algunas inscripciones grabadas en su filacteria, que este Santiago, designado alguna vez con el título de *servus Dei* (esclavo de Dios), al que se atribuye la autoría de la epístola epónima¹⁹ haya querido ser a su vez *servorum spes* (esperanza de los siervos)²⁰.

Sin duda, para ello hubo de ser primero liberado de sus propias tinieblas por Aquel que osó proclamar “*Ego sum Lux mundi*”²¹ (yo soy la luz del mundo) y hubo de entregarse a la fascinación del *Hijo del hombre* que abandonó a sus discípulos diciéndoles: “No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”²², asegurándoles que no serían mejor tratados que él²³. Para ello, después de haber meditado la enseñanza de las *Beatitudes*, tuvo que haber oído a su vez ese anuncio exorbitante: “*Vos estis lux mundi*”²⁴ (vosotros sois la luz del mundo), como eco a esa llamada inaudita, oída en la orilla del lago de Genesareth, en Galilea: “Venid conmigo y os haré pescadores de hombres”²⁵. Fue necesario también que Jesús, clavado como tantos otros a la madera de la Cruz, tuviese que morir y resucitar y que Santiago le hubiese ofrecido su vida para que se concretizase esta palabra: “Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos”²⁶. En suma, este hombre impetuoso tuvo que sentirse penetrado por la lección del Evangelio leído el día de su fiesta: “El que

quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo”²⁷, y haber curvado el cuello bajo el sable, para que la simiente plantada así en la tierra, germinase y diese fruto, para que la pretensión insensata de “la madre de los hijos de Zebedeo” encontrase una posibilidad de realización²⁸; posibilidad que tuvieron Galicia y Compostela de captar y explotar para gran admiración de la cristiandad, hasta el punto de que la propia Roma no sólo no lo ha desaprobado sino que lo ha bendecido.

Evidentemente, el rostro del Apóstol sólo se descubre verdaderamente a la luz de Cristo y es a través de ella como llega a lo más profundo de la humanidad. Por lo demás, esto es lo que la iconografía permite demostrar de manera rigurosa. De hecho, incluso la figura más controvertida del Apóstol –la que lo muestra como un ídolo impasible, sentado por encima de su altar, casi usurpando la majestad que sólo le corresponde a Cristo como “Hijo del Dios vivo”²⁹– es en realidad, una imagen absolutamente crística, pues la gloria que irradia de Santiago procede en realidad de Cristo. De hecho, los méritos que le valieron su martirio no son otros que los frutos de la Pasión. Por tanto, resultaría del todo arbitrario oponer dos figuras que se justifican la una a través de la otra.

“¡Dios es admirable en sus santos!” De hecho, la paradoja consiste aquí en que el Dios de la Revelación judeo-cristiana, que merece infinitamente ser adorado por sí mismo, quiere serlo también en sus dones y por el misterio de la Redención, que es el del perdón. Este Dios que ya no es más accesible al hombre que el de la Ley Mosaica o del Corán, sólo puede encontrarse sobre las huellas de Cristo que, por venir de Él y volver a Él, al unirse a la condición humana, se postula como el único peregrino verdadero de la historia. Ésta es la razón por la cual ni el hombre ni la carne están de más, incluso bajo la forma tan discutible, por lo que se cree, de las reliquias. “Dios es admirable en sus santos”, porque quiere que a través de su ministerio, que es el de la Iglesia, el hombre, la familia humana al completo, acceda a la Salvación, es decir a la luz y a la vida. Resulta chocante que, en cuanto se desecha a los santos y se encierra a Dios en lo absoluto de su ser para preservarlo del contacto deletéreo de lo accesorio y de lo contingente, por no hablar de las pasiones que constituyen la suerte de la historia humana, su rostro se vuelve al momento enigmático e inaccesible.

“En apostólica efigie”: Santiago en su santuario

La estructura del Pórtico de la Gloria muestra bien de qué manera la figura del Apóstol, erigida en el umbral de su iglesia, se encuentra allí como la embajadora del Mesías. De hecho, el Salvador, rodeado de los instrumentos de la Pasión y sentado en el trono sin aberturas del tímpano, es la única *Puerta* que da acceso al *Padre de las Luces*. No sólo porque él es en virtud de su sacrificio, “el Pan de vida” bajado del Cielo³⁰, sino porque



realmente es “la Puerta” que conduce allí: “*Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur (...)*” (yo soy la puerta. Si uno entra por mí, estará a salvo)³¹. Pero Santiago es también en esta posición el testigo y la garantía de la realidad histórica de la Encarnación del “*Hijo del hombre*”. De hecho, está situado sobre una columna que representa la ascendencia de Cristo bajo la apariencia del árbol de Jesé, del que la Virgen es el florón, mientras que el capitel que le sirve de asiento muestra al Padre con el Hijo en brazos, por encima de los cuales vuela la paloma del Espíritu. No se podría situar de manera más explícita la misión encomendada a un apóstol que la tradición propia del *Credo apostólico* asocia con el versículo que afirma de Cristo “que fue concebido por el Espíritu Santo y que nació de la Virgen María”.

Sin embargo, Cristo no guardó para sí al que invitara a convertirse en “pescador de hombres”³². Sólo lo llamó a su lado para volverlo a enviar después. Y esto es lo que la inscripción pintada sobre la filacteria que sostiene en su mano derecha pone en su boca de la manera más directa: *Misit me Dominus* (el Señor me ha enviado). De este modo, el Apóstol es en Compostela el servidor fiel enviado por el rey a los cruces de los caminos para apremiar a los invitados a que entren en el banquete de bodas³³. Pero lo es de una manera especial, como lo

sugiere el bastón en forma de Tau sobre el que se apoya con la otra mano. Como ha demostrado Serafín Moralejo, se encuentra aquí como fundador y de algún modo obispo de la sede de la que es patrón indiscutible gracias a la presencia de su cuerpo. Por lo demás, la otra efigie del Apóstol, la que lo muestra volviéndose hacia Juan, su hermano, en el derrame lateral derecho del pórtico central, comenta, no sin audacia, los frutos de esta incorporación providencial: *Deus autem incrementum dedit in hac Regione*. Y es exactamente además lo que el autor del *Veneranda dies* afirma con rotundidad: “*Hic non solum*

Iudeam et Samariam predicavit, verum etiam Yspaniam et galleciam decoravit, illamque gentem olim impiam virtute Christi ecclesiam construxit” (El no sólo predicó en Judea y Samaria, sino que vino a honrar a España y a Galicia; y a estas gentes, antes impías, con su virtud las transformó en Iglesia de Cristo)³⁴. Pues, como lo sugiere el *Libro de los Milagros*, este tronco o este “talento” maravilloso no es otro que el cuerpo de Santiago, “honor de España”, conservado en su basílica *“in qua preciosissimum talentum, beati Iacobi videlicet corpus, et decus Ispanie, reconditum est”* (donde se guarda el valiosísimo tesoro, honor de España, o sea el cuerpo de Santiago)³⁵. ¿Cómo no pensar aquí en la venerable antífona cantada el día de la fiesta del Apóstol?: *“Mihi autem nimis honorati sunt amici tui, Deus; nimis confortatus est principatus eorum”* (ya lo veo, Dios mío, tú das a tus amigos una gloria inmensa; tú estableces sólidamente su autoridad).

La autoridad concedida así a Santiago encuentra una expresión notoria en la entronización de su efigie sedente en el altar mayor, en su catedral. Esta imagen, cuya presencia se asocia generalmente a la consagración de la nueva basílica, en 1211, reviste un significado particular, puesto que puede entenderse como evocación de la figura del apóstol frente al baldaquino que cubría su altar. De hecho, el colegio de los Doce, reunidos en grupos de tres, se hallaba al completo, y hay que entender que Santiago ocupaba el puesto de honor: *“In prima facie in antea scilicet beatus Iacobus residet in medio, manu sinistra librum tenens et dextera benedictionem innuens”* (En la primera cara, es decir, delante, está sentado en medio Santiago, que sostiene un libro en la mano izquierda y con la mano derecha da la bendición)³⁶. No obstante, esta imagen se inscribía en el contexto de un Juicio Final que culminaba con la aclamación de “el Cordero de Dios sosteniendo una cruz con un pie”, situado en un trono que varios ángeles sostenían con sus manos.

El hecho de que esta figura de Santiago sedente parezca responder a la de Cristo, esculpida en la parte delantera del altar de plata, y que el autor describe con gran sensibilidad en los mismos términos, aporta una prueba suplementaria de la estrecha dependencia que une la Majestad de Cristo con el triunfo de sus santos. Sin embargo, la efigie de granito erigida en la parte trasera del altar mayor debe a este emplazamiento su carácter especial. La proximidad de la mesa del sacrificio, así como la corona que no tardó en rematar y que, aunque fruto de un ex voto real no resulta, de hecho, extraña a la *corona vitae* de la que habla la Epístola de Santiago³⁷, abogan en favor de una asociación deliberada entre el martirio del Apóstol y la Pasión de Cristo. Es como si, a imagen de su maestro, Santiago por haber dado su vida mereciese ser elevado, a la vez, al cielo y a los altares, como si el culto que se le rinde proviniese de su sacrificio.

No se podría manifestar de manera más sugestiva la estrecha imbricación que existe entre la corte celeste y la iglesia militante. Lejos de desinteresarse por el destino de los pobres pecadores, el Apóstol no deja de unirse al sacrificio del Redentor para atraerlos hacia sí y obtener su Salvación. Se comprende entonces por el sentido de estas palabras:

Pro salute eius transmisiste me Domine, a veces pintadas sobre la filacteria que sostiene y que parecen hacer eco a la profecía de Isaías³⁸, que el sermón *Spirituali igitur iocunditate*, destinado a celebrar a Pasión de Santiago, aplique a este último: *Posui te in lumen gentibus, ut sis in salutem usque ad extremum terre* (Te he puesto para luz de las gentes para que sirvas de salvación hasta el extremo de la tierra)³⁹.

El enviado

Si el sentido que reviste la presencia de Santiago en su santuario puede entreverse gracias a la iconografía que lo explicita y cuyo análisis apenas se aborda aquí, falta intentar elucidar de qué manera la misión póstuma con la que fue investido se manifiesta a



través de la doble imagen del peregrino y del caballero, universalmente expandidas, en el antiguo mundo y en el nuevo.

Jesús, al caminar por la orilla del lago Genesareth, había invitado a los hijos de Zebedeo a que lo siguiesen sólo para enviarlos mejor preparados al mundo, como a Pedro y a Andrés. A decir verdad, ocurrió lo mismo con los Doce así como con todos aquellos a los que Cristo llama: la vocación es una misión. Igualmente, por una misteriosa escena de envío comienza las espléndida vidriera dedicada a la historia de Santiago y que brilla desde los años 1210-1225 en el deambulatorio de la catedral de Notre-Dame de Chartres

(ventanal nº 5). Éste no es el lugar para comentar ese singular medallón cuyo equivalente existía en todas las catedrales situadas al norte del Loira y que tuvieron una vidriera dedicada al Mayor. Basta con saber que Cristo se muestra aquí también, en la orilla y con un ángel que le acompaña, y se le aparece a su discípulo que está sentado en una roca color de fuego surgida aparentemente de las aguas. Cristo empuja con el pie la roca sobre la que éste último está sentado, mientras le entrega una vara pelada, símbolo de sus tribulaciones. A este envío responde en lo alto de la ojiva alargada, como en la mayo-

entre dos candelabros sobre ondas que sin duda representan a los cuatro ríos del paraíso, mientras que, justo debajo, Herodes ordena decapitar a Santiago y a Josias. De este modo, la vida del Apóstol remata en la visión beatífica de la cual brotan fuentes de aguas vivas, en el momento en que Cristo expulsa a su discípulo hacia regiones desconocidas, sentado en esa *pedra*, que bien pudiera ser la piedra de su tumba y que cedió su nombre al pueblo de Padrón, reemplazando al de Iria Flavia.

De hecho, según el autor del *Veneranda dies*, que conoce los pormenores de esta leyenda y cuya absurdidad lo sulfura, esta roca que él mismo examinó es sólo granito de Galicia: "*Veraciter cum ego vidi olim petronum, agnovi illum esse rupem in Gallecia procreatum*" (Pues yo he visto con mis propios ojos que se trataba de un peñasco originario de Galicia). Pues, en su audacia, algunos han llegado a pretender que la roca sobre la que el apóstol había sido arrojado en Galicia era un fragmento de la Tierra Prometida: "*alii vero illum sedentem super petronum a Iherosolimis usque ad Galleciam per maris undas sine rate, Domino ei precipiente, venisse dicunt et quandam partem eiusdem petroni apud Jopen remansisse*" (Otros dicen que él mismo, sentado sobre un pedrusco, vino desde Jerusalén a Galicia en medio de las olas del mar, cumpliendo el mandato del Señor, sin barca alguna, y que un pedazo de este peñasco quedó en Jafa)⁴⁰.

En cuanto al segundo aspecto de la escena representada en el medallón de Chartres, es de nuevo el *Veneranda dies* el que nos da la clave. Según otra fábula, tan insensata como la primera, Cristo se habría aparecido efectivamente a su discípulo para entregarle una especie de rama pelada. Juzguen ustedes: "*Alii vero aiunt quod Dominus ei apparens virgam quandam inter manus ipsius a scortice denudavit, promisitque ei ut velut virga illa a scortice mundaretur, sic oratores eius limina petentes a peccatis mundarentur*" (Otros también dicen que el Señor, al aparecersele, sostenía en sus manos una vara con la corteza mondada y que le prometió que así como aquella vara estaba limpia de cáscara, así los fieles que se dirigiesen al santuario quedarían limpios de los pecados)⁴¹. Resulta inútil precisar que esta especie de absolución sin confesión no merece la aprobación del predicador puntilloso que es el autor de este sermón.

Por esta razón, el maestro vidriero que diseñó alrededor del año 1240 el medallón central de la roseta que corona, en la catedral Notre-Dame de Reims, las dos ojivas alar-



Rosetón sur.
Catedral de
Nôtre-Dame de
Reims (Francia)

gadas que reúnen a las efigies de pie de san Pablo y Santiago, fue más prevenido y reservó un lugar al Apóstol en el propio trono de Cristo, que de este modo adquiere el aspecto de una banqueta (ventanal 101). El Divino Maestro y su discípulo, girados el uno hacia el otro, se encuentran sentados de igual a igual, a uno y otro lado de un extraño bastón engalanado de plantas. De manera visible, es Cristo el que se lo entrega a Santiago, quien lo recibe, ya que inclina la cabeza con humildad. Cristo, al acoger al Apóstol a su diestra, parece cumplir aquí, con el permiso del Padre, la petición que “la madre de los Hijos de Zebedeo” le había dirigido en presencia de los Doce, en el momento mismo en que se disponía a subir a Jerusalén para ser juzgado y condenado: “*Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam et unus ad sinistram in regno tuo*” (Ordena que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino). Jesús sorprendido por semejante audacia, había respondido, girándose hacia Santiago y Juan a quienes había adivinado su secreta ambición: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que voy a beber?”. A lo que los dos hermanos respondieron al unísono: “*Possumus*” (Podemos)⁴². Justo encima de este sorprendente medallón –ya que hasta la fecha, en el arte gótico sólo la Virgen coronada tiene el privilegio insigne de acceder al trono de su Hijo– asistimos a la doble decapitación de san Pablo y de Santiago: “*Calicem quidem meum bibetis!*”.

El transfigurado

A este misterioso envío y a la misión insólita confiada a Santiago por el Redentor, respondieron por adelantado las dos efigies compostelanas del apóstol, sentado en el umbral del Pórtico de la Gloria como en el corazón de su santuario: *Misit me Dominus*. Pero lo que se debe retener de esta entrevista particular entre Cristo y su apóstol, haya tenido lugar antes o después de que su cabeza cayese, es que la propia posibilidad de este encuentro “en la cima” parece condicionada por la Resurrección anunciada por la Transfiguración. ¿Acaso Jesús no había proferido durante su vida esta advertencia que resulta cuando menos extraña?: “En verdad os digo: que hay aquí presentes que no probarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre venir a su Reino”⁴³. La continuación muestra cómo los discípulos a los que Jesús hace alusión son, en realidad, Pedro, Santiago y Juan. Fruto de la Resurrección y probablemente también de su propio sacrificio, la misión encomendada a Santiago se corresponde también con la entrega de las llaves a Pedro, la institución y la historia de la Iglesia, cuerpo místico del Cristo. Por esta razón, con toda probabilidad esta misión se encuentra muy relacionada con la declaración que sigue a la profesión de fe del príncipe de los apóstoles: “¡Pues bien! Yo te digo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del Hades no prevalecerán

contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos (...)”⁴⁴. Y a partir del día en que Jesús pronuncia estas palabras comienza a evocar con una creciente insistencia la aproximación de su hora.

Este punto es muy importante para comprender cuál es el estatus de las imágenes de Santiago, así como las de los santos en general dentro de la Iglesia. Podemos asegurar que este estatus es análogo a la vocación de los mismos. Ahora bien, existe en Compostela una efigie luminosa del Apóstol de la que apenas se ha hablado hasta ahora. Se trata de la imagen excepcional que se encuentra encastrada en el frente de la Puerta de las Platerías, a la derecha de la figura del Cristo Rey, empujada por encima de la cabeza de Abraham. Esta imagen de *IACOBUS ZEBEDEI* (Santiago Zebedeo), como se especifica en el nimbo, no sólo debe su hermosura a la nobleza de los rasgos conferidos al Apóstol o a la calidad del mármol en el que fue esculpida, sino que se ilumina a la luz de las fuentes escritoriales a las que remiten las dos inscripciones que lleva.

La primera y más corta, la que el mismo Santiago designa con el corazón y el índice de su mano derecha extendidos, se compone de dos palabras: *PAX VOBIS*. Salvo error, éstas son las palabras del Cristo resucitado que saluda a sus discípulos en el cenáculo después de su muerte: “*Stetit Iesus in medio eorum et dicit eis : Pax vobis, ego sum, nolite timere*”⁴⁵. Jesús había explicado también lo que él entendía por “su” paz⁴⁶, mensaje que san Pablo tradujo en una frase: “Ha matado el odio”⁴⁷ y que además se encuentra grabada en el libro que sostiene el Apóstol. Esto hace de él no sólo el testigo del acontecimiento conmovedor que supone la Resurrección, sino el paladín de Cristo enviado *ad extremum terre* para dar la buena nueva. Se podría decir, inspirándose en Mateo, que Santiago enviado como explorador precede en Galicia a Cristo con el encargo de preparar sus caminos, de la misma forma que Cristo había precedido a sus discípulos cuando los citó en Galilea el día siguiente a la Pascua⁴⁸. Dicho de otro modo, a través de su presencia, Santiago no sólo es testigo de la Resurrección, sino que la manifiesta, y éste es precisamente el papel y la función de su imagen.

En cuanto a la segunda inscripción, mucho más larga: *HIC IN MONTE IHESUM MIRATUR GLORIFICATUM*, permite introducir este bajorrelieve en el contexto que sin duda originariamente fue el suyo. En efecto, se deba o no tomar al pie de la letra la des-



Santiago entre cipereses (ca. 1111-1116). Friso de las Platerías. Catedral de Santiago de Compostela

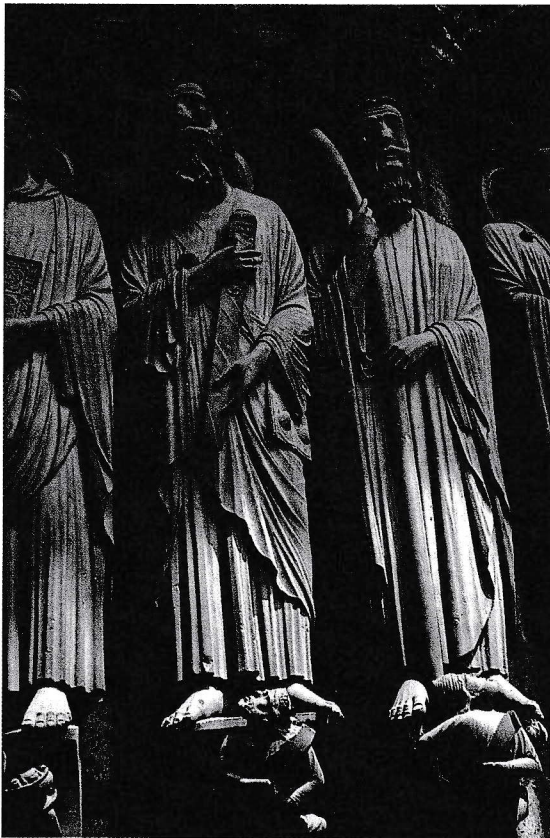
para justificar la costumbre que exige de ellos que se mantengan toda la noche orando ante el altar del Apóstol, de pie, con una vela encendida en la mano, afirma que son muchos los que vieron aparecerse a Santiago “*in apostolica efigie*” (en figura de apóstol), mientras se encontraban orando. Comparando la vigilia observada por la Iglesia con las que se organizan en torno a un difunto, el predicador concluye lógicamente que Santiago, que está vivo, debe estar tan presente en los que rezan como el cuerpo de un muerto lo está en los que lo velan. Como se considera que el cuerpo del Apóstol reposa en la iglesia a la que esta homilía va destinada, habrá que admitir que a esta comparación no le falta razón: “*Igitur, sicut corpus vigilandum inter vigilantes adsistitur, sic veraciter beatus Iacobus inter vigilantes suos eorum preces coram Deo deferens commoratur*” (Mas así como el cuerpo velado está presente entre los veladores, así seguramente se halla Santiago entre los suyos para llevar las preces ante Dios). Y efectivamente: “*Multi etiam testantur, in eius festi vigilia dum vigilabant, se eum in apostolica effigie vidisse*” (Son muchos los que dan testimonio de haberle visto en figura de apóstol mientras velaban la víspera de su fiesta)⁵².

También parece interesante escudriñar el *Codex Calixtinus* para saber bajo qué forma se manifiesta Santiago a aquellos que lo invocan. No es de extrañar sorprenderlo aquí *in apostolica effigie*, ya que es precisamente con este aspecto con el que lo descubre la iconografía más antigua. El apóstol de la Puerta de las Platerías, con los cabellos recogidos por una cinta, ¿acaso no es la encarnación misma de este “*atletha(sic) Christi*” que acaba de obtener la palma del martirio, como lo celebra la homilía *Adest nobis*?: “*Hodie Christi atletha Iacobus gloriam promeruit celorum, in qua iam felix cum Domino regnat iunctus turmis angelorum*” (Hoy el atleta de Cristo, Santiago, mereció la gloria celestial en la que ya feliz reina con el Señor, unido a las cohortes de los ángeles)⁵³.

Sin embargo, resulta curioso observar ya cómo en este sermón que pone en paralelo las vigiliias del Apóstol y los ritos de la Pascua judía, que proceden del Éxodo, el predicador anima a los fieles a suplicar a Santiago que los libere del mal, invocando su protección, y a apelar a los santos para que vengan en su ayuda en el camino del cielo – “*in itinere regni celestis*” –, de manera semejante a los hebreos, los cuales, en memoria de su liberación, se levantaban en plena noche y se mantenían calzados y armados con un bastón, listos para partir, con el fin de sacrificar y compartir el cordero⁵⁴. De este modo, puede entreeverse cómo la orientación de los sufragios lleva insensiblemente a modelar la figura de Santiago.

El héroe de la fe

Si las expresiones de *miles Dei* o *miles Christi* aplicadas al Apóstol no tienen nada de original, ya que son tan antiguas como el cristianismo latino, puesto que se trata de un topos literario utilizado desde el siglo III por la pluma de Minutius Felix o de san Cipriano de Cartago, para caracterizar al martirio como combate para Dios o al servicio de Dios –*militia Dei*–, resulta chocante encontrar ese acento tan pauliniano en el pró-



logo del sermón *Adest nobis*: “*Fidelis congaudeat chorus, quia hodie fidei armis accinctus Herodem triumphavit apostolus. Hodie Christi miles devicto hoste prostrato Herode conscendit regis eterni palacium ut sedeat (...). Martirii stadium hodie cucurrit feliciter...*” (Congratúlese el coro fiel, porque hoy triunfó de Herodes el Apóstol, ceñido con las armas de la fe. Hoy el soldado de Cristo, vencido el enemigo y derrotado Herodes, subió a la regia morada del eterno Rey para sentarse (...). Hoy recorrió felizmente la etapa del martirio...). No es que el autor se sintiese de repente impulsado por un odio feroz hacia el desgraciado Herodes Agrippa I, nieto de Herodes el Grande, que reinó durante apenas cuatro años (41-44), puesto que ya había tomado la precaución de advertir desde del principio que el enemigo sobre el que Santiago había triunfado no era otro que el diablo en persona: “*Letetur omnis mundus, quia eius inimicus gratia Dei operante per Iacobum hodie diabolus est victus. Exultet cetus fidelium, quia hodie Iacobus devicit humani generis inimicum*” (Alégrese todo el mundo, porque su enemigo el diablo fue hoy vencido por Santiago con la gracia de Dios. Regocíjese la comunidad de los fieles, porque hoy Santiago vence al enemigo del género humano)⁵⁵. Además resulta sintomático que el sermón *Vigilie noctis sacratissime* haya dado por adelantado la clave

de este lenguaje: “*per hostes demones et vicia tipice exprimuntur*” (los enemigos representan a los demonios y vicios)⁵⁶.

De la misma manera, en la catedral de Chartres, concretamente en el derrame derecho del pórtico central del transepto sur, la gran figura del Apóstol que sostiene delicadamente entre sus manos la espada de su suplicio se erige por encima de Herodes (en torno 1215). El rey que persiguió a la primera comunidad cristiana de Jerusalén no está aplastado por el peso de su víctima, cuyo rostro dolorido no expresa ningún desprecio. Al igual que Nerón esculpido en el fondo que porta la imagen de san Pablo, éste yergue

la cabeza para contemplar a su vencedor. Además, los rasgos burilados de Santiago no son sólo el efecto del suplicio que soportó. La bolsa salpicada de conchas que lleva discretamente en bandolera atestigua que a los sufrimientos del mártir se añaden las fatigas del deambular y su predicación.

Por lo demás, en el caso de que los peregrinos no hayan leído u oído pronunciar el *Veneranda dies*, ya saben a qué atenerse en lo que respecta al sentido que reviste una imagen semejante: "*Si beatus Iacobus absque peccunia et calcamiento per mundum peregrinus ivit et tandem decollatus ad paradisum perrexit, cur ad eum peregrini diversis gazis refecti, nichil egenis erogantes tendunt?*" (Si Santiago, sin dinero ni calzado, fue peregrino por el mundo y finalmente degollado, subió al paraíso, ¿cómo los peregrinos repletos de diversos tesoros, sin dar a los necesitados, se encaminan hacia él?). Y, tratándose de Pedro, el autor de esta homilía no lo entiende de otro modo: "*Si beatus Petrus Romam absque peccunia discalciatus ivit, et tandem crucifixus ad Dominum perrexit, cur multi peregrini cum magna peccunia et vestimentis duplicibus equitantes, cobos deliciosos edentes, vinum fortius bibentes et nichil egenis fratribus suis impercipientes ad eum tendunt?*" (Si san Pedro fue a Roma descalzo y sin dinero y habiendo sido crucificado se llegó al Señor, ¿cómo muchos peregrinos cabalgando con mucho dinero y dos vestidos, comiendo manjares deliciosos, bebiendo más vino de la cuenta y nada repartiéndolo entre sus hermanos se dirigen a Él ?)⁵⁷.

Y es que Pedro, al igual que Santiago, había hecho suya esta recomendación de Cristo cuando envió a sus discípulos por el mundo: "Les dijo: 'No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni tengáis dos túnicas cada uno'"⁵⁸. Que el peregrinaje que es imitación de Cristo y de los apóstoles sea una especie de combate, es lo que sugiere otra imagen de Santiago no menos célebre que la de Chartres. En la sala que conforma el vestíbulo de la *Cámara Santa*, en Oviedo, el apóstol que llevó a cabo el buen combate aparece al lado de Juan, su hermano, al que susurra unas palabras imperceptibles. Va ataviado con la bolsa de peregrino sobre la cual brilla la concha de gracia y con un gran bastón cuyo mango coronado por una cruz evidencia claramente de qué madera está hecho (alrededor de 1165-1175). Ahora bien, la punta de este bastón traspasa la boca de una serpiente a punto de morder. Con razón uno podría sorprenderse por esta imagen agonística. Sin embargo, una de las más antiguas fórmulas utilizadas con motivo de la bendición y de la entrega ritual del bastón al peregrino no permite que se cierna ninguna ambigüedad en torno al alcance de este gesto y a la



Santiago el Mayor y san Juan Evangelista (ca. 1165-1175). Apostolado de la Cámara Santa. Catedral de Oviedo

naturaleza del compromiso que contrae el recipiendario: “*Accipe hunc baculum sustentationem itineris ac laboris ad viam peregrinationis tuae, ut devincere valeas omnes catervas inimici...*” (Recibe este báculo que sea como sustento de la marcha y del trabajo, para el camino de tu peregrinación, para que puedas vencer las catervas del enemigo...)59.

La fórmula citada por el *Veneranda dies* resulta prácticamente idéntica a la que reproduce el *Sacramentario de Gellone* al que fue añadida en el siglo IX. No obstante, en el siglo XII el *Pontifical Romano* se muestra aún más explícito si cabe: “*Accipe baculum sustentationis vel defensionis Domini nostri Iesu Christi quo sustentante gressus itineris tui, firmiter pergere ac fortiter resistere valeas venenosis impulsionibus serpentis antiquae (...)*”. De este modo se desvela sin disimulo el nombre de la bestia que acecha el más mínimo desvío del peregrino para echarlo a perder. Es a esta fórmula llena de imágenes a la que parece remitir la efigie de la *Cámara Santa*. A fin de cuentas, el *Veneranda dies* lo explica claramente: “*Coluber qui hominem dormientem momordit, diabolum tipice ostendit*” (La culebra que muerde al hombre cuando duerme, típicamente simboliza el diablo)60.

El paladín de los peregrinos

La gran libertad de los niños de Dios

No obstante, sea cual fuere su forma, Santiago no se contenta con simbolizar la victoria obtenida sobre las obsesiones que asaltan el espíritu del hombre. Él actúa y, como tal, hace milagros, ya que la severidad misma de las recomendaciones de Cristo a sus apóstoles le habrían dado muchos motivos para desanimarlo si éstas no hubiesen estado precedidas de lo que verdaderamente explica su espíritu: “Habiendo convocado a los Doce, les dio potencia y poder sobre todos los demonios, y sobre las enfermedades para curarlas. Y los envió a proclamar el Reino de Dios y a hacer curaciones”61. A lo que había añadido esta orden sin réplica, en palabras de Mateo: “Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, purificad a los leprosos, expulsad a los demonios. Habéis recibido gratuitamente, dad gratuitamente”62. Sin duda Santiago fue de los que tembló de rabia cuando oyó que le llamaban, al igual que los otros discípulos: “Raza incrédula y perversa (...), debido a su impotencia para curar a un epiléptico. Un momento después, en la calma, el Maestro les había dicho: “En verdad os digo que si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí a allá y se pasará; nada os será imposible”63.

Sin embargo de creer al autor del *Veneranda dies*, el Apóstol no deja de realizar prodigios en Compostela: “*Sacra enim virtus apostoli translata a partibus Hierosolimitanis in Gallecie patria refulget divini miraculis. Ad eius namque basilicam creberrime divina fiunt*

a Domino per eum miracula” (La sagrada virtud del Apóstol trasladada desde la región de Jerusalén brilla en Galicia con los milagros divinos. Pues junto a su basílica con frecuencia hace Dios milagros por su mediación). Estos milagros provocan en él una admiración tal que le arrancan un grito maravillado: “O quanta sanctitate et gracia beatus Iacobus refulget in celis, qui virtute Dei tanta miracula agit in terris!” (¡Oh, con cuánta santidad y gracia brillará Santiago en los cielos, dado que por la virtud divina hace tantos milagros en la tierra!)⁶⁴. Y recomienda que sean registrados por escrito, ante testigos, para la edificación de los fieles⁶⁵.

¿El primer milagro realizado por este “hombre de Cristo” no fue acaso la congregación de numerosos peregrinos en su santuario? Meditando estas enigmáticas palabras de Cristo pronunciadas antes de su Pasión: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto”⁶⁶, el sermón *Adest nobis* las aplica enseñada a Santiago: “Sicut granum frumenti, postquam mortuum fuerit, fructum multum affert in terra, sic vir Christi Iacobus post passionis sue triumphum populorum multitudines ad se in Gallecia venientes divino suo patrocinio, Christo largiente, gignit, et quasi fructum bene maturum et odoriferum affert in gloria” (Como el grano de trigo después de morir produce mucho fruto en la tierra, así el caballero de Cristo que fue Santiago, después del triunfo de su pasión, genera con la divina protección que Cristo les dispensa a muchedumbres de gentes que vienen a él a Galicia y como fruto bien maduro y oloroso las lleva a la gloria)⁶⁷. Visión premonitoria, ya que hasta finales del Antiguo Régimen no es tanto a Compostela como al “Señor Santiago” adonde los peregrinos irán a depositar sus votos. Alphonse Dupront destacó muy bien este punto.

Por ello, el autor de esta homilía no puede dejar de constatar esta afluencia desprovista de motivos razonables a ojos de los sabios de este mundo: “Confluunt enim ad eius basilicam in Gallecia cunctorum cosmi climatum populi, narrantes laudes Domini et virtutes eius et mirabilia eius que fecit per apostolum in illis. Hic est fructus Dei, fructus ecclesie penitentium, fructus adquisicionis apostolice...” (Porque afluyen ahora a su basílica en Galicia gentes de todos los países del mundo y cuentan las glorias del Señor y las maravillas y milagros que por medio del Apóstol ha obrado en ellos. Este es el fruto de Dios, el fruto de los penitentes de la Iglesia, el fruto logrado por el Apóstol...) ⁶⁸ Pero ya es tiempo de examinar los prodigios que le confieren su fama universal para descubrir qué rostro de Santiago se ve a través de ellos.

No extraña saber que de los veintidós milagros consignados en el Libro II del *Codex Calixtinus*, el Apóstol se erige ocho veces como liberador de los que lo invocan: sacando a cuatro de ellos de las profundidades abisales del mar⁶⁹ y cortando en cuatro ocasiones los hierros que mantienen cautivos a otros suplicantes⁷⁰, sin dudar en hacerlos evadirse de manera rocambolesca mediante un salto inmenso en el vacío, o inclinando hasta tocar tierra una torre vertiginosamente elevada⁷¹; curando en varias circunstancias e incluso, en una ocasión, a través de una concha traída de su santuario⁷² a cuatro de ellos de en-

fermedades, heridas o malformaciones⁷³; ante la plegaria de los caballeros en situación desesperada, arrancó a uno de las manos de sus perseguidores⁷⁴, volvió invulnerable a otro a los golpes antes de liberarlo⁷⁵ y liberó el alma de un tercero de los demonios que lo oprimían en plena agonía⁷⁶; prestó su burro a un peregrino que había sido asaltado, estaba cargado de niños y acababa de perder a su esposa⁷⁷ y llevó en la grupa a otro peregrino acorralado por la desesperación⁷⁸; por la intercesión de la Virgen, volvió a la vida



Milagro del ahorcado.
Medallón 18 de la
vidriera n° 210.
Catedral de Tours
(Francia)

a un hombre al que el diablo había inducido al suicidio⁷⁹ y sostuvo durante treinta y seis días a un muchacho inocente que se había ofrecido a ser colgado en lugar de su padre⁸⁰; borró un horrible pecado del papel en que se encontraba plasmado⁸¹ y resucitó a un niño del que también había obtenido su nacimiento⁸²; por último, cortó las cadenas que cerraban las puertas de su santuario ante la admiración de los que acudían a implorarlo⁸³ y, para terminar, se proclamó él mismo soldado de Cristo⁸⁴.

Por lo demás, esta acción protiforme tiene su reflejo exacto, según parece, en la mezcla enloquecedora de los exvotos depositados sobre su altar al capricho de las peregrinaciones de acción de gracias que desencadenan sus favores inauditos: *“alii ferrum aut plumbum ad opus apostoli basilice manibus deferunt, alii ferreos vectes et manicas, e quibus per apostolum liberantur de iniquorum ergastulis, humeris portant, penitentiam agentes, delicta lugentes”* – (unos traen en sus manos hierro o plomo para la obra de la basílica del Apóstol, otros las cadenas y las esposas de hierro sobre sus hombros, de las cuales se han librado por la intercesión del Apóstol y de las prisiones de los tiranos, haciendo penitencia, llorando sus delitos)⁸⁵.

El campeón de Cristo

No obstante, la sorpresa que provoca la lectura de estos milagros no proviene tanto de la diversidad de situaciones que confirman la diligencia y el ardor que este héroe pone para socorrer a los suyos, como de su disponibilidad y de su mansedumbre. De hecho, la singularidad de sus intervenciones se remite al hecho de que, en dieciséis relatos de veintidós, el Apóstol se hace presente sin dudar, de manera que la mayoría de los curados milagrosamente lo han visto, según parece, con sus propios ojos. Por ello, resulta posible efectuar de alguna manera el retrato robot de Santiago. Hay que señalar de entrada que las apariciones del Apóstol vienen acompañadas muy a menudo por una claridad tal que a veces deslumbra la vista de aquellos a los que su visita no está destinada⁸⁶. Tan pronto el resplandor de su presencia disipa la oscuridad de un calabozo⁸⁷, como esa irradiación luminosa emana de sus ropajes⁸⁸, cuando no se trata de ese brillo vivo que desprenden sus armas, como le ocurrió a los ojos atónitos del eremita griego Esteban al que Santiago pretende demostrar que es realmente “soldado de Dios”⁸⁹.

Una vez pasado el deslumbramiento, suele ocurrir que la fisonomía del Apóstol se precise. Los marineros, que ante el peligro de la tempestad ofrecieron un peregrinaje a su santuario, recuerdan la nobleza de sus rasgos: “*Habebat vero ipse talem faciem : decentem scilicet ac elegantem, qualem nemo illorum ante et post videre usus est*” (Tenía él una figura tal, a saber, agradable y distinguida, como ninguno de ellos antes ni después creía haber visto)⁹⁰. El prelado absorto en su salterio, al que una ola monstruosa engulló junto con los pasajeros de un navío al volver de Tierra Santa, vio a Santiago que estaba de pie cerca de ellos, sobre el mar embravecido, sin que sus embates lo mojasen ni lo más mínimo: “*Stans siccis plantis supra Thetidis undas secus illos*” (en pie, con las plantas secas sobre las aguas del mar)⁹¹. El peregrino que atentó contra su vida y cuya alma el apóstol se disputa con el diablo, declara por su parte: “*Videbatur mihi Iacobus iuvenis et venusti aspectus, macilentus, medii coloris, qui vulgo brunus dicitur*” (Y me parecía Santiago joven y de aspecto gracioso, delgado y de color quebrado, vulgarmente dicho moreno)⁹².

Pero, sobre todo, sin dejarse contemplar, el Apóstol actúa y habla. Aquí, levanta al niño inerte que se disponían a inhumar, tirando de él por el brazo derecho y le ordena que tome rápidamente el camino de su iglesia: “*ut tramitem Iacobitanam cum parentibus suis velociter incederet*”⁹³ allí, se sumerge en pleno mar para repescar al navegante Frisonus que había caído al agua completamente armado, en pleno combate naval⁹⁴; más allá se aparece en la cabecera de un caballero moribundo blandiendo contra los demonios el bordón y las bolsas de dos pobres peregrinos que había socorrido en el transcurso de su peregrinaje, lo que le permitió al moribundo quedar liberado del tormento: “*Intra vit huc sanctus Iacobus (...). Baculum habebat pro lancea, sacculum pro arma*” (Entró aquí Santiago (...). Tenía el bordón por lanza y el hatillo por escudo de armas)⁹⁵; también, yergue a un tullido⁹⁶. En dos ocasiones se presenta ante los suplicantes diciendo: “*Heme*

pio redactor fue el que extrajo la conclusión del hecho. Sin embargo, en el siglo XV, el pintor que ilustró el *Miroir Historial* de Vincent de Beauvais que se conserva en Chantilly, no cayó en el engaño: no sólo representó al Apóstol con los rasgos de un peregrino sobre el aguilón de su santuario, sino también en la hora de su suplicio, vestido con la camisa blanca del condenado, justo por encima de los fogosos penitentes que hincan la rodilla ante él¹⁰⁸.

Si por lo tanto a Santiago no le importa aparecer como caballero a los ojos de un gran señor –en este caso el conde de Toulouse y sus hombres ligios–, no resulta extraño que ose inspirar en los campesinos, *turba rusticorum*, la idea descabellada de dirigirse a él de manera insólita: “*Beate Iacobe, bone miles*”, para gran escándalo del eremita Esteban que venera en el Apóstol al pescador de Galilea convertido. Por lo que los reprende severamente: “*Stultissimi rustici, gens fatua, beatum Iacobum non militem sed piscatorem vos vocare convenit*” (Aldeanos tontos, gente necia, a Santiago debéis llamarle pescador y no caballero)¹⁰⁹. No obstante, cuando Santiago se le aparece de verdad – “*candidissimis vestibus ornatus, necnon militaria arma titanis radios excedentia indutus, quasi miles effectus*” (vestido de blanquísimas ropas y no sin ceñir armas que sobrepujaban en brillo a los rayos, como un perfecto caballero)– no por ello lo hace caracoleando en su caballo, mostrándole a este griego estupefacto las dos llaves que tiene en la mano, le cuenta que se prepara para abrir a las armadas cristianas las puertas de la ciudad de Coimbra, al día siguiente por la mañana, a las nueve¹¹⁰.

Con todo, la razón de esta repentina movilización deja entrever la posibilidad de la aparición fulgurante del caballero celeste, ya que parece increíble que el Apóstol pudiese preceder a los cristianos en la batalla y obtener para ellos la victoria de otra manera que no fuese a caballo: “*eo namque taliter tibi appaereo, ut me Deo militare eiusque athletam esse, meque in pugna contra Sarracenos Christianos anteire et pro eis victorem existere, amplius non dubites*” (por eso te me aparezco en esta forma para que no dudes más de que milito al servicio de Dios y soy su campeón y en la lucha contra los sarracenos precedo a los cristianos y salgo vencedor por ellos)¹¹¹.

Sin embargo, la justificación que Santiago da a este compromiso belicoso no tiene ninguna ambigüedad: “*Impetravi enim a Domino, ut universis me diligentibus ac recto corde invocantibus protector sim et adiutor periculis in cunctis*” (He conseguido del Señor ser protector y auxiliador de todos los que me aman y me invocan de todo corazón en todos los peligros)¹¹². No se trata de agredir a quien sea y mucho menos de matarlo. De este modo, al dirigirse contra el corsario sarraceno, *Avitus Maimon*, en el furor de un abordaje, el Apóstol únicamente le advierte de que su embarcación será confiscada en provecho de los cristianos si no suelta inmediatamente la presa, en lugar de fulminarlo en el acto. A continuación sigue un diálogo sabroso¹¹³. Ésta es la razón también por la que allí donde el Apóstol se lanza de manera manifiesta a una carrera sin aliento, se contenta con cubrir con su escudo –“*clipei sui protectione*”–, a lo largo de una distancia de

seis leguas, al caballero que protege, en lugar de dejar clavados en el sitio a aquellos que le dan caza con rudeza. Por esta razón, finalmente, la única vez en que el Apóstol se presenta de verdad a caballo, lo hace en un contexto nada menos que guerrero¹¹⁴. De manera evidente, este santo *político* no hace política.

El caballero de los pobres

Treinta loreneses deseosos de viajar a Galicia al trote de sus caballos hacen el juramento de prestarse asistencia mutua, salvo uno que se niega a juzgar sus fuerzas de antemano. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Uno de los peregrinos que cayó enfermo se convirtió en un lastre insoportable para sus compañeros, que se vieron reducidos a recorrer penosamente en dos semanas un camino que no llevaba más de cinco etapas. Al acercarse a los Pirineos se vieron vencidos por la impaciencia y el desánimo y decidieron abandonar a su suerte al desdichado, cuyo estado empeoraba de día en día. Olvidando su promesa todos lo abandonaron salvo uno, aquel que precisamente no había querido comprometer su fe por miedo a jurar en falso. Éste se quedó al lado del enfermo durante todo un día, en Saint-Michel-Pied-de-Port, llegando a velarlo durante la noche. Y helo aquí que subió como pudo a su espalda al pobre enfermo, al que le temblaba todo el cuerpo. Ambos acabaron por desplomarse, vencidos por el esfuerzo, no lejos sin duda de esa Cruz de Carlomagno –*Crux Karol*– en la que los peregrinos, girándose en dirección a Galicia, suelen dirigir su plegaria a Santiago, después de haber fijado en tierra la cruz de su sacrificio¹¹⁵.

La noche no tardó en caer y pronto el enfermo entregó su alma a Dios. Sintiéndose súbitamente solo y sin recursos, envuelto además por una oscuridad cargada de horrores, el superviviente asaltado por el pánico habría desfallecido si no hubiese apelado de inmediato a Santiago desde su más hondo desamparo. En aquel mismo instante surgió un caballero de paso que le preguntó sin cumplidos: “*Quid hic agis, frater?*” (¿qué haces aquí, hermano?), y éste, lejos de quejarse por su infortunio y pensando sólo en enterrar a su compañero, declaró no saber qué hacer en aquellos parajes desolados. El caballero le respondió sin miramientos: “Alárgame acá ese muerto y tú monta en el caballo detrás de mí, hasta que lleguemos al lugar de la sepultura!”. Y así lo hizo.

Sin duda, nuestro protagonista no pensaba ir más allá del próximo hospicio de Roncesvalles donde los peregrinos tienen un cementerio. Pero cuál no fue su sorpresa al ser despertado al alba por aquel que lo había llevado a su grupa, a una legua de la iglesia del Apóstol, en el Monte do Gozo, donde los peregrinos expresan su alegría al percibir en la niebla las torres de la ciudad de Santiago –“*ante solis ortum uno miliario citra monaste-*

rium apostoli in monte Gaudii—. El caballero, que también había descargado el muerto, le ordenó que fuese en busca de los canónigos de la basílica para que le diesen sepultura dignamente. También le recomendó que se uniese sin falta a la vigilia de plegarias que los peregrinos suelen hacer en su santuario. Por último, le dijo que en el camino de vuelta volvería a encontrarse con sus compañeros en León y le pidió que les advirtiese que su peregrinaje era nulo y sin valor hasta que hubiesen expiado el perjurio del que eran culpables y se hubiesen restablecido en el "*hopus fidei et pietatis*" que sólo complace a Dios. Sólo entonces la venda cayó de sus ojos y reconoció al Apóstol bajo la apariencia de ese caballero que desapareció rápidamente: "*Tunc demum his auditis, intelligens ipsum esse Christi apostolum, ad pedes eius procidere voluit, sed Dei miles non ei amplius comparuit*" (Al oír esto entendió al fin que éste era el Apóstol de Cristo y quiso caer a sus pies, mas el soldado de Dios no le fue visible por más tiempo)¹¹⁶.

Qué decir sino que el peregrino desamparado no había sospechado en absoluto la presencia de Santiago en la irrupción inopinada de aquel que se le había aparecido "*quasi miles insidens equo*" (como soldado a caballo)¹¹⁷. ¡Qué sorprendente discreción! La única vez en la que el Apóstol cabalga realmente una montura, no sólo no se preocupa por ser reconocido, ni agradecido, sino que interviene en un contexto pacífico, sin brillo ni estruendo, para hacer de enterrador y de salvador. ¿Acaso no es desconcertante? Sin embargo, cuando se interesa de cerca por un verdadero caballero –vasallo de un tal Girin el Calvo de siniestra memoria que vivió a finales del siglo XI, señor de Donzy, en Forez, cantón de Feurs, al oeste de Lyon–, que cumplió su peregrinaje al galope, no cejó hasta hacerlo renunciar a su caballo, de manera que llegó a Compostela como un verdadero penitente, a pie, cargado con su bolsa y su bastón, y tan extenuado que apenas tuvo fuerzas para encamarse antes de morir¹¹⁸. ¿Deferencia singular? Como vemos, si bien hay que considerar estos relatos como simples *exempla* hermosamente escritos, que efectivamente lo son, vistos desde un ángulo exclusivamente literario, el retrato de Santiago que permiten esbozar está muy lejos del de la imaginería de Épinal que uno esperaría encontrarse en esa vasta superchería como es el *Codex Calixtinus* a los ojos de Joseph Bédier.

En todo caso, el famoso milagro de los *Treinta Loreneses* tuvo un gran éxito. Sea cierto o no el fondo de esta historia, la verdad es que en Compostela se veneraba una capilla llamada Ermita de Santa Cruz o *del Cuerpo Santo* edificada probablemente en el lugar en el que fue enterrado el peregrino a las Puertas de Cize, cerca de Roncesvalles, y que luego fue milagrosamente transportado a Galicia. Durante su vida, Diego Gelmírez la hizo reconstruir¹¹⁹. Esta historia tuvo una repercusión iconográfica tan grande que Juvenal de Orvieto la evocó magníficamente en las paredes de la capilla de Santiago, en la iglesia de Araceli, en Roma. De hecho, es en Italia en donde aparece representada más a menudo. La miniatura del *Liber Consort[ii] Sancti Iacobi apostoli de Ga[litia]*, en Parma, que data del año 1399, ofrece un ejemplo sorprendente de esto¹²⁰. Pero también

aparece pintada, hacia el año 1300, en el frontal de Sant Jaume de Frontanya, conservado en el Museo Diocesano de Solsona, en Cataluña.

Si no se encuentra en Francia es por causa de una singular aberración: el Apóstol a caballo, que lleva a un peregrino en la grupa que sujeta el bastón con la mano derecha, se aprecia en dos vidrieras de la catedral de Saint-Gatien de Tours (*Ventanales* 5 y 210). La primera, que es la más antigua, proviene de la venerable basílica Saint-Martin, por desgracia desaparecida –cuya ejecución se sitúa alrededor del año 1250–, mientras que la más reciente, que ocupa las ventanas altas del coro, pertenece sólo al tercer cuarto del siglo XIII. ¿Pero quién era aquel peregrino que tuvo la buena fortuna de ser llevado a caballo detrás del Apóstol? El contexto de este medallón no deja lugar a dudas, se trata del *peregrino suspenso*, ¡el famoso colgado descolgado¹²¹! Se ve que en Tours, en su vivacidad, Santiago no tuvo la paciencia de esperar el regreso de los padres para devolverles a su hijo bienamado, injustamente condenado. Es en el momento en el que se deshacen en lloros al pie de su altar cuando lo empuja delicadamente hacia ellos, pues en este caso, como sobre el frontal de Frontanya, ya aparece la familia compuesta por el padre, la madre y el hijo.

A finales del siglo XIV en el manuscrito de Parma, abstracción hecha del gran nimbo amarillo que lo aureola, el Apóstol a caballo resulta reconocible por la túnica azul constelada de conchas y por el manto rojo que luce. Sin embargo, a pesar de que no lleva bolsa, él tiene su propio bastón. Alrededor del año 1300, en Frontanya, Santiago sólo lleva su túnica y su manto de apóstol. No obstante resulta curioso señalar que antes del año 1261, fecha probable de su muerte, el dominico borgoñés, Étienne de Bourbon, imitando en esto a Vincent de Beauvais, no duda en precisar que, en esta circunstancia, Santiago tenía el aspecto de un peregrino: "*Tunc advenit beatus Jacobus in forma peregrini, eques veniens (...)*". Esto explicaría que le hubiese inspirado confianza tan rápidamente a su suplicante. Sin embargo, el *Liber Sancti Jacobi* no cuenta nada semejante.

Un milagro ejemplar

¿Qué ocurrió unos siglos más tarde? ¿Aún se puede dar la sorpresa, en el umbral de los tiempos modernos, de una aparición o de un milagro de Santiago, o bien el Apóstol ha sentado la cabeza al cabo de los siglos? La Pragmática del 13 de junio de 1590 cuenta cómo el rey de España, Felipe II (1527-1598), preocupado por la recrudescencia del vagabundeo, desenmascara a los falsos peregrinos y prohíbe llevar el hábito, a excepción de los extranjeros: "*Salud y gracia. Sabed (...)* que muchos hombres, assi naturales destes Reynos, como de fuera dellos, andan vagando sin querer trabajar (...) y para poder hazer con mas libertatd lo suso dicho, fingen que van en romeria a algunas casas de deuocion

diziendo auerlo prometido, y se visten, y ponen abitos de romeros y peregrinos, de esclauinas y sacos de sayal, y otros paños de diuersas colores, y sombreros grandes con insinias y bordones, por manera que con esto engañan a las justicias”¹²².

Es así como el 26 de abril de 1624, comparecieron en Compostela ante las personas investidas para esto, con el fin de abrir una instrucción especial, por una parte: *“vna muger que benia (...) en ábito de pelegrina con vna mantillina á modo de hesclabina berde y vn sombrero pardo”*, y por la otra, dos hombres que la acompañaban vestidos de igual modo. El nombre de esta mujer es Maria de Franquís. Ella era italiana, nacida en La Guaida, a tres leguas de Parma, en el ducado de Módena, en donde residía habitualmente. Con 25 años de edad e hija de campesinos, es la quinta de una familia de siete hijos. Casada desde hacía apenas tres años, acababa de perder a sus dos hijos –Francisco, de dos años de edad y Catalina, de once meses– en trágicas circunstancias. Su marido, Francisco Patiño, de unos 33 años, estaba a su lado así como un primo de éste, Sebastián de la Huerta, de 24 años de edad. Él es español y nacido en *“Monteagudo en la Tierra de Cuenca”*, de profesión *“soldado de su magestad”*, vivía de su soldada y del trabajo de la tierra. Sin embargo sabía leer y escribir e incluso llegó a darles algunos rudimentos de instrucción a unos niños, mientras que su mujer firma con una cruz y su primo no sabe ni hacer esto. Ellos se conocieron hace tres años *“en la billa de la Gayde”* y una vez que se comprobó que estaba soltero y que no tenía ninguna clase de impedimento, ambos *“se casaron por amores”*. Su unión fue bendecida por *“don Bernardo teniente cura de la yglesia parroquial del Sr. Santantón de la dicha uilla”*, del que Maria de Franquís era parroquiana.

La historia de este tal Francisco Patiño no resulta banal, sino que se encuentra complicada por las lagunas del documento original producidas por la acidez de la tinta y la mala calidad del papel sobre el que Juan Sánchez, notario apostólico de Santiago, plasmó la declaración del interesado. Huérfano a temprana edad, abandonó antes de los 12 años el techo paterno en el que dejaba a una hermana y tres hermanos. Helo en Orán en la costa berberisca, luego en España, en San Clemente de la Mancha, después de nuevo en el mar Mediterráneo rumbo a Italia. Pero la expedición duró poco. Sorprendido por *“los moros”*, acaba en Argel, donde es reducido a cautividad junto con 250 soldados y marineros españoles. Vendido como esclavo, rema durante cinco años en las galeras del Gran Turco con base en *“Constanteynopila”*, hasta el día en que, llevado por la tempestad hasta la isla de Malta, es liberado al final de un combate naval *“con vnos galiones de cristianos”*. Desembarcado en Sicilia con sus compañeros de chusma, se queda allí durante dos meses. Hecho que no debe dejar de señalarse, ya que de alguna manera es culpable, de que: *“antes desto, el declarante hestando cautibo abia hecho boto al señor Santiago de benir á besitar á su santo cuerpo á la ciudad de Santiago de galicia dandole Dios libertad ... del cautiberio”*. Pero así es; entre su liberación y su matrimonio parece que Francisco Patiño, con la alegría de amar y de ser padre, olvidó ejecutar su voto.

De este modo, *“la uispera del señor Santiago”*, es decir, la noche del 24 al 25 de julio de 1623, mientras Francisco y María dormían profundamente con sus hijos, los cuatro acostados en la misma cama –a veinte pasos de la iglesia Saint-Antoine en la que se habían casado–, se vieron despertados bruscamente por los gritos de los vecinos alborotados por la crepitación del incendio que devoraba su casa. Cuando los esposos saltaron precipitadamente *“de la cama en camisa, descalzos, sin çapatos”*, se vieron rodeados por las llamas. Mientras que María enloquecida, *“daba bozes á Dios pidiendo misericordia”*, él, acordándose de Santiago habría gritado, según el testimonio de su esposa, ya que aquí la declaración de Francisco Patiño resulta ilegible: *“bendito apostolo Santiago balédeme que prometo de hir en rromaria á besitar buestro santo cuerpo á Santiago si me librais de tanto peligro”*.

Llegados a este punto, los dos testimonios coinciden en reconocer que, en el instante en que el Apóstol se les apareció en la habitación en la que se encontraban, rodeado de una claridad diferente de la luz natural, como esos resplandores siniestros que proyectan las ascuas, y que en el momento mismo en que su imagen se desvaneció, el fuego había desaparecido completamente, sin que ni ellos ni nadie hubiesen hecho nada por apagarlo. Aparte de la sorpresa y el gran pavor que sintió María, los esposos se libraron a buen precio, pues sólo les cayó su casa en la cabeza, ya que se desplomó allí mismo. Al salir indemnes de los escombros humeantes, *“en camisa y descalços como dicho tiene”*, él delante, ella detrás, – lo que quedaba de las paredes de la casa no era más alto que una *“vara”*– se vieron rodeados por una multitud estupefacta y escoltados al despuntar el alba *“á la yglesia del Señor Santiago de la dicha uilla”*, donde oyeron la misa celebrada *“con mucha solinidad”*. A decir verdad, una pareja de vecinos, campesinos como ellos *“Juan paricin”* y *“benadicta”* su mujer, les habían proporcionado mientras algo con qué vestirse. Sin embargo, aún no bien habían cruzado el umbral de la iglesia cuando reconocieron enseguida la imagen del santo que se les había aparecido: *“bieron hestaba pintada la imagen del bendito apostolo señor Santiago en la misma figura de rromero como dijo la declarante la bió en el fuego”*, y Francisco confesó públicamente: *“heste es el Santo que se me apareció en el fuego en mi cassa”*. Éstas fueron las únicas palabras que profirió, ya que tanto el uno como el otro se encontraban en un estado de shock.

No obstante, para María y Francisco no habían acabado aún las pruebas. Al final de la misa, fueron conducidos a una casa que *“vn caballero que es conde de san polo”* había puesto generosamente a su disposición. Fue allí cuando al volver en sí *“se acordaron de los niños”*. Vecinos que ya removían los escombros descubrieron a Francisco y a Catalina. Ambos habían muerto. Los cuerpos de los pequeños fueron encontrados el uno al lado del otro. Pero, milagro, el fuego que había consumido la cama y las mantas en las que estaban envueltos no los había tocado, de manera que se encontraban intactos con su camisa. Al enterarse de la noticia, el duque de Módena intervino para que los niños fuesen llevados tal cual a la iglesia *“y luego se publicó el dicho milagro por toda la tierra y*

comarca". La trascendencia fue tal que el "conde de San pol" le propuso a los esposos cambiar la casa que les había prestado por las cenizas de la suya para erigir una iglesia en honor de Santiago, en el lugar mismo del milagro.

Quince días más tarde, colmados de limosnas y vestidos con el hábito de peregrino, Francisco y Maria emprendieron el Camino de Santiago. En Francia, aún no bien estaban entre Salon-de-Provence y Arles, unos bandoleros los despojaron de todo, incluidos sus atavíos. Por fortuna, "vn capitán hespañol que hestaba en francia" vino en su ayuda, de manera que pudieron alcanzar Monteagudo, el pueblo natal de Francisco, al que llegaron desfallecidos en los últimos días de diciembre, tras haber pasado por Barcelona y Tarragona. La fatiga y las emociones sufridas, no menos que los rigores del invierno, no les permitieron reemprender el camino hasta finales del mes de marzo. De este modo, llegaron a Compostela el lunes 22 de abril de 1624, en mitad del día, en compañía de Sebastián de la Huerta, el cual se había mostrado deseoso de seguir a su tío y a su tía. Rápidamente se dirigieron a "la yglesia mayor donde hestá el cuerpo del glorioso apostolo Santiago", en la que se confesaron. Al día siguiente martes, volvieron los tres a la basílica para "hacer sus votos" a Santiago: "rrescebieron el santísimo sacramento de la eucarrestía en la capilla del rrey de francia y abrazaron la ymagen del Santo apóstolo y hizieron su rromaría en oración".

A continuación abandonaron sin más tardanza la ciudad santa, con prisas por regresar. Esa misma noche, se encontraban ya en Ponte Ulla, a unos veinte kilómetros al sureste de Santiago, en la carretera de Ourense, en donde se alojaron en casa de un vecino. Por la mañana temprano al ir a cruzar el puente descubrieron a mano derecha un oratorio –"á modo de vna capillica"– en que se encontraban "vna imagen del señor Santiago y otra ymagen de nuestra señora", ante las cuales se arrodillaron para recitar su plegaria. Al volverse a levantar, Francisco se sintió desfallecer. En vano intentó incorporarse tres veces, sólo consiguió caer a tierra, el sombrero de un lado y la espada del otro. Al mismo tiempo, tuvo la impresión de que "de la ymagen del señor Santiago salía vn gran rresprandor". De manera evidente, el Apóstol le prohibía ir más lejos. María también se sentía incapaz de dar un paso. Incluso, "se le ponía delante de los ojos une claridad como de fuego que le quitaba la bista de los ojos". Y entonces Francisco dijo: "bolbamos a Santiago" y se bolbieron todos tres juntos". En definitiva, los esposos no debían abandonar Santiago sin haber revelado los favores de los que habían sido objeto, en las formas prescritas, "para que conste de la verdad dellos y que se les pueda dar fee y crédito y tenerlos por auténticos y pintarlos con otros milagros del glorioso apóstol Santiago". Si Francisco no se había decidido, era, según sus palabras, "por ymagnar que hestando pobre como hestaba...", no le convenía llamar la atención sobre él. Aquí se detiene esta extraordinaria historia¹²³.

Apariciones e iconografía

Que Santiago haya permanecido siempre vivo tanto en el siglo XVII como en el siglo XII es lo que demuestra a porfía el voto de Louis Thourotte, orfebre en Saint-Quentin, que en 1651 viajó a Santiago con su hijo en acción de gracias al Apóstol por haber salido de la prisión en la que se estaba pudriendo a causa de una falsa acusación. También lo demuestra la curación en el mes de septiembre de 1687 de aquella pobre mujer contrahecha, condenada a irse arrastrando en total desamparo, y que estaba tan desprovista y mal vestida que el cabildo tuvo que vestirla en el acto; o incluso la odisea de Francisco Soragni, capellán de la armada del duque de Baviera, originario de Reggion, en el ducado de Módena, el cual capturado por los turcos en Hungría y presionado para que abjurase, invocó al Apóstol con todas sus fuerzas, tan bien que consiguió escapar de los muros de su calabozo, y habiéndose evadido, se tiró desnudo al Drave con los pies encadenados, logrando llegar a la otra orilla. Al punto vino a Santiago para ofrecerle su cadena. El 28 de mayo de 1688, registró por escrito el milagro de su liberación, con ayuda del capellán del Hospital Real¹²⁴.

Desde luego aquí no se produce ninguna aparición. No obstante, la imagen del Apóstol sigue jugando un papel incitativo nada despreciable. Así, cuando Louis Thourotte llegó a su casa después de haber sido libertado para su gran sorpresa, antes incluso de saludar a su mujer, descubrió a sus pies "*vn papel doblado*" que recogió enseguida y sobre el que vio con estupor, grabado en el medio de una concha, "*la imagen del gran Santiago con vn bastón*". En este singular encuentro percibió la señal inequívoca de que debía cumplir su promesa de inmediato. Por esta razón, se llevó consigo aquella modesta estampa y se la ofreció a Santiago a modo de ex-voto, "*con la cabeza de oro del glorioso S. Quintín, apóstol y patrón de (su) ciudad y del Vermandois*", objeto que quizás era una lujosa insignia de peregrinaje cincelada por él mismo, ya que era orfebre de profesión.

Mejor aún se aprecia en el caso de las aventuras que les acontecieron a los esposos Patiño: la imagen del Apóstol parece animarse a veces o, por lo menos, comienza a irradiar una intensa luz, como ocurrió en Ponte Ulla, manifestándose de este modo la voluntad del santo. Desde luego, se dirá que esta época está llena de relatos análogos y que se han visto, inmediatamente después de la Reforma, numerosas imágenes santas que sangraban o lloraban como reacción al traumatismo provocado por la iconoclasia hugonota. Además Santiago se sirve visiblemente de sus imágenes para dar señales, es más, no duda en conformar su apariencia a la idea que la gente suele tener de él. Esto es quizás lo que explica, en definitiva, la doble paradoja que representan tanto la persistencia o la resistencia de la iconografía peregrina del Apóstol en Europa, en pleno siglo de las Luces, como su introducción y mantenimiento en España, incluso cuando llevar hábito estaba prohibido para los súbditos de su Majestad.

De hecho, ¿qué imagen da el Apóstol de sí mismo? La declaración de María de Franquís y de Francisco Patiño aporta sobre este punto toda la claridad deseable. A pesar de la desconfianza que despierta el hábito de peregrino, es precisamente bajo esta apariencia como Santiago se les presenta en medio de las llamas. María lo constató perfectamente: *“porque le bió en fegura y traje de rromero bistido con vna bestidura larga hasta cassi media pierna y encima de los hombros y de la dicha bestidura otra como cubierta que en hespana llaman hesclabina y tambien en la tierra de la declarante le llaman ansi, y dichas bestiduras y hesclabina hera(n) de color pardo como trayen los rromeros que la declarante á bisto en hesta santa Yglesia”*, es decir, en Compostela. Francisco indica por su parte que reparó en que en la mano sostenía *“un bordon de la suerte que lo trayen los peligrinos que bienen en rromaria á su santa cassa”* y que *“la bestidura hera frayresca”*, es decir, comparable en su textura a un hábito de capuchino o de cualquier otro hermano mendigo. Si bien María reparó efectivamente en el bastón, por el contrario, en su pavor no se fijó si el Apóstol tenía la cabeza cubierta o iba descalzo —*“no bió que tenia puesto sobre la cabeça, ni menos si hestaba descalzo”*—, mientras que Francisco se acuerda de que el sombrero que llevaba estaba adornado con una concha y fue precisamente por este detalle por el que lo reconoció: *“y sombrero con vna concha de la misma suerte que hestá pintado al olio en vna yglesia que confina con la dicha willa de la Guaide por donde el declarante le conosció que hera el señor Santiago”*. Pero curiosamente, mientras que María, *grosso modo*, discernió los rasgos del rostro de Santiago —*“la fegura del rostro hera de hombre uiejo y buena cara grueso”*—, el testimonio de Francisco que había quedado deslumbrado, resulta más evasivo: *“tenia el rostro como si fuera hombre de media hedad avnque con el gran rre- prandor que tenia (...) no se podian determinar las fayciones ni hedad”*¹²⁵.

Lo que importa destacar aquí es que, así como en el siglo XII en el *Liber Sancti Jacobi* se dice que Santiago apareció *“in apostolica effigie”*, es decir, según los rasgos que le confiere la iconografía románica, también en el siglo XVII se muestra bajo la apariencia que recibe en la iconografía postridentina. Dicho de otro modo, sea cual fuere la época, Santiago no se desmarca de su imagen común. En la clásica, lleva un vestido de tela tosca, tiene los hombros cubiertos por una *manteleta* o esclavina y aparentemente aún no renunció a cubrirse la cabeza con el gran sombrero que a veces le da un aire de filibustero. No se preocupa, por tanto, de dar una imagen singular de sí mismo. Dado este punto de vista, existe una ósmosis perfecta entre las manifestaciones del Apóstol y su imagen más habitual. Esto es como decir que, una vez más, Santiago se encuentra totalmente al servicio de aquellos que lo invocan. Seguramente, esto no impide a los artistas ajustar mejor su silueta según su talento, confiriéndole elegancia y belleza, reconstruyendo aquí o allí el traje de un hábil drapeado o, por el contrario, equipándolo con los atributos ordinarios de los *jacobeos*, tales como esa inevitable calabaza que acaba por engañar a los iconógrafos más puntillosos, mientras que a veces olvidan dotarlo de su breviario. No ocurre entonces lo mismo con el Apóstol como con Cristo o la Virgen,

cuyas apariciones son a menudo el origen de un nuevo “tipo” iconográfico, generalmente inédito, como sucede con las imágenes del Sagrado Corazón o de Nôtre Dame de la Salette, de Lourdes o de Fátima.

Es probable que, a fin de cuentas, el análisis de las apariciones atribuidas a Santiago en el Nuevo Mundo desemboque en conclusiones análogas. El inca Garcilaso de la Vega,



Bajorrelieve con Santiago caballero. Ayacucho (Perú)

que oyó estos hechos de la boca de numerosos testigos, relató cómo durante el famoso asedio de Cuzco en 1536, los españoles reducidos a la situación más extrema experimentaron, al igual que los indios que los asediaban, “la presencia del bienaventurado Apóstol Santiago (...) encima de un hermoso caualllo blanco, embrazada una adarga, y en ella su diuisa de la orden militar, y en la mano derecho una espada que parecía relámpago, según el resplandor que echaua de si. Los Indios se espantaron de ver el nuevo cauallero, y unos a otros dezian quien es aquel Viracocha, que tiene la Yllapa en la mano? que significa relámpago, trueno y rayo”¹²⁶. Santiago fue elegido así “Patrón de Cuzco” y se sorprendía el inca “de que los historiadores no hiciesen mención (destas maravillas y de otras) siendo cosas tan grandes y tan notorias, que en mi niñez las oí a indios y españoles, y los unos y los otros las cantaban con grande admiración”. Así se ve como en este caso excepcional la hierofanía del Apóstol se había transformado de alguna manera en una herencia común, e incluso en un acontecimiento fundador.

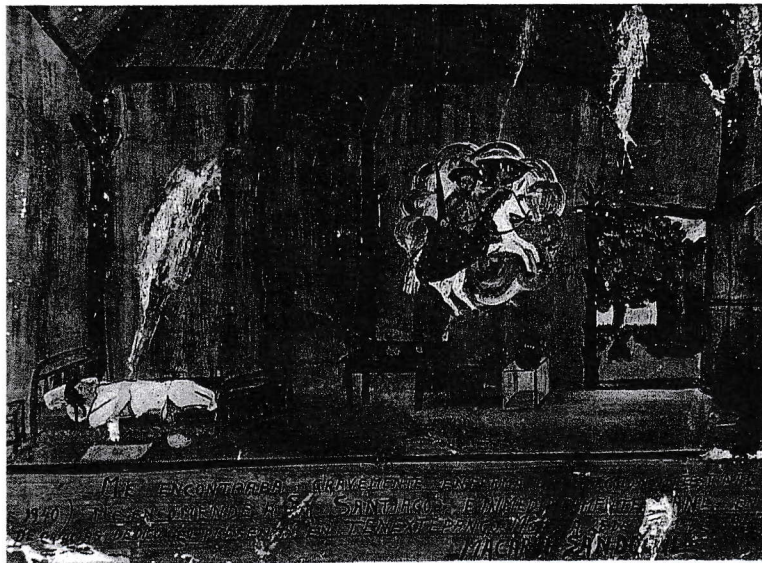
Ahora bien, el Inca Garcilaso se acuerda de que esta visión se había representado en el frontal de una de las iglesias de Cuzco: “En el hastial de aquel templo que sale á la plaza pintaron al Señor Santiago encima de un caballo blanco

con su adarga embrazada y la espada en la mano y la espada era culebreada; tenia muchos indios derribados á sus pies, muertos y heridos. Los indios viendo la pintura decían; un Viracocha como este era el que nos destruía en esta plaza. La pintura dejó viva el año de 1560 cuando me vine á España (...)”¹²⁷. Por otra parte, fray Antonio de Remesal, “el príncipe de los cronistas de Guatemala”, que escribió alrededor de 1615-1617, contaba cómo los capellanes que acompañaban a los conquistadores tenían por costumbre desplegar en el momento de los combates una pintura sobre la que, de ordinario, figuraba “la imagen del glorioso Apóstol Santiago en la forma en que apareció al Rey don Alonso de Castilla en la batalla de Clavijo, en un caballo blanco, armado, peleando, con muchos moros a los pies”¹²⁸.

No obstante, este fenómeno de circularidad no impide que se hayan podido tener visiones inéditas. De hecho, en otro encuentro los testigos estupefactos declaran haber visto

“una claridad tan activa y en el centro una cruz refulgente, como de cuatro varas, entre blanca y roja y a su lado una imagen que les representaba al patrón de las Españas”¹²⁹. Ahora bien, en Ayacucho, en los Andes, un vendedor de estampas moldeó otrora, en piedra de Huamanga, un singular pequeño bajorrelieve que mostraba al celeste caballero transformado mientras tanto en protector de tranquilos rebaños, enmarcado en una inmensa cruz ribeteada de escarlata¹³⁰. También en Bolivia vieron aparecerse a Santiago bajo la apariencia de un espléndido muchacho: “es el dicho mancebo muy hermoso y reluciente y muy resplandeciente, y que se les desaparece algunas veces y que, cuando torna a aparecer, viene con gran ruido y resplandor”¹³¹.

En especial, los ex votos pintados en una plancha de madera en México demuestran la frecuencia con que “el hijo del trueno” es el santo invocado en los casos de urgencia y en el que cualquiera confía. De este modo, el “retablo” ofrecido por Macaria Sandoval, el 25 de julio de 1943, muestra al jinete de las nubes apareciéndose sobre la enferma encamada en su pobre jergón de paja y madera: “Me encontraba gravemente enferma de infección intestinal (julio de 1940)”, reza la inscripción pintada debajo de la escena que pone en su boca, “me encomendé a Sr Santiago e inmediatamente sane. En acción de gracias dedico el presente en Tenextepango”¹³².



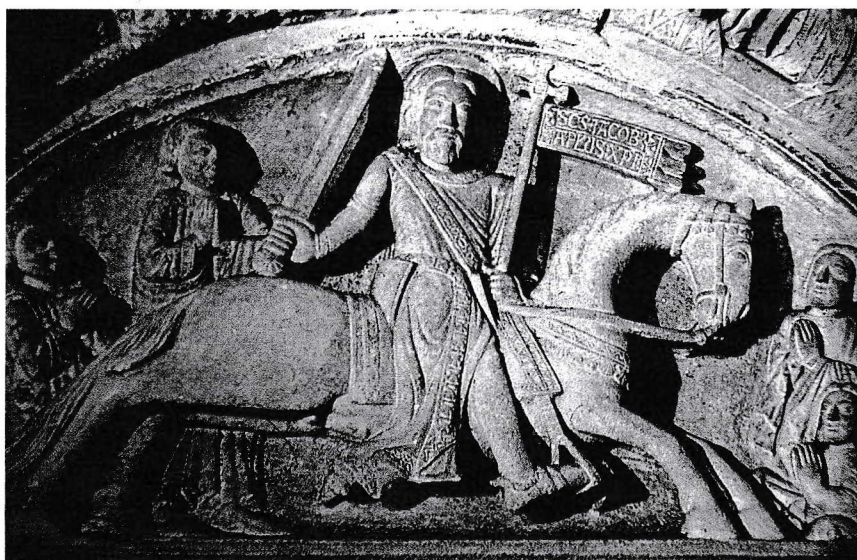
Retablo exvoto de Macaria de Sandoval (25 de julio de 1943). Obra popular mejicana

Otros ex votos de forma semejante muestran que el Apóstol no deja de prestar socorro en circunstancias cuyo florilegio podría formar un libro en todo punto comparable al Libro II del famoso *Liber Sancti Jacobi*. Éste es un epígrafe que Louis Thourotte, de Saint-Quentin, desde luego no habría desdeñado. Juzguen ustedes: “Dedico este retablo al Sr Apóstol Santiago Jacovo por el grande milagro que me iso cuando me metieron a la carcel por calunias y sali limpio. Gracias a mi Sr Santiago que me cuida. Esto me paso en octubre 14-1952, Julio 5-1953”¹³³. Se comprende entonces que la víspera de la fiesta de Santiago, en Guaqui, se adore al apóstol en los siguientes términos conmovedores: “Señor mío Santiago / Ilustre Patrón de Guaqui / Eres luz de conciencia / y faro de salvación / Pongo en tu gracia Señor / Señor del que sufre y llora / Señor de mi vida humilde / A tus plantas yo imploro”¹³⁴.

A modo de epílogo

Sublevator Oppressorum y Suffragium Viatorum

Serafín Moralejo señaló el carácter en cierta manera “heráldico” de la imagen ecuestre de Santiago. Y en efecto, en el siglo XIII esta figura se encuentra preferentemente en sellos como el de Alfonso IX (1188-1230), rey de León, cuyas marcas son conocidas



Santiago caballero (siglo XIII). Puerta del claustro de la catedral de Santiago de Compostela

estar fuera de duda. De hecho, incluso el tímpano bien conocido del claustro edificado por el arzobispo don Juan Arias (1238-1266), visible en el transepto sur de la catedral, muestra a Santiago equipado del mismo modo, elevando el estandarte de la fe. Aquí se presenta rodeado de ángeles y de oradores que parecen ser sus canónigos, a menos que sean los caballeros de su *militia*. Por poco se creería ver en esta manifestación deslumbrante del apóstol de Cristo —con la leyenda: SCS IACOB' APLUS XPI— con el cinturón salpicado de conchas, emblemas de su santuario, la ilustración de esta aclamación que encabeza el sermón *Adest nobis*: “*Hodie Christi athleta Iacobus gloriam promeruit celorum, in quam iam felix cum Domino regnat iunctus turmis angelorum*” (Hoy el atleta de Cristo, Santiago, mereció la gloria celestial en la que ya feliz reina con el Señor, unido a las cohortes de los ángeles)¹³⁶. No se trata de violencia y mucho menos de masacre. Habrá que esperar al Tumbo B de la catedral, que data del año 1326, para ver surgir el *miles strenuissimus* arrojándose sobre cuerpos dislocados, en el contexto tan particular de la amenaza que hizo pesar sobre la mitra la revuelta de los burgueses de Santiago, los cuales se habían apoderado del *castillo de la Rocha*¹³⁷.

y que datan respectivamente del año 1226 y 1228. En el siglo XIV, la matriz de un sello atribuible al *Concejo de Santiago* lleva esta imagen dinámica donde las haya, rodeada de esta orgullosa divisa: + *EST: PRESTANTE DEO: IACOBI: CERTAMINE: VICT(ori)A* (Con la ayuda de Dios, es de Santiago la victoria en el combate), y don Rodrigo Velázquez, canónigo de Santiago y de Lugo, utiliza un sello análogo para autentificar un acuerdo diplomático cerrado en Lyon, el 13 de julio de 1388¹³⁵.

El origen estrictamente compostelano de este motivo parece

No obstante, en el mismo momento, la imagen fantástica del caballero celeste ya flotaba, desde hacía más de un siglo y medio, en el pendón que el arzobispo de Compostela, don Pedro Gudestéz (1168-1173), entregó solemnemente a Pedro Fernández, el 1 de enero de 1171, cuando éste último, amo de una milicia fundada un año antes en forma de cofradía para defender Cáceres de los Almohades, vino con los suyos para constituirse en “*vasallos y caballeros del Apóstol Santiago, para luchar bajo su bandera para honra de la Iglesia y propagación de la fe*”. Es este pendón –destacado sobre el fondo escarlata y en donde la silueta del Apóstol elevando la cruz y la espada de su martirio– el que se ve perfilándose por encima del castillo de Uclés, en la famosa miniatura del *Tumbo Menor de Castilla*, que ilustra la donación de este castillo a la “*milicia de Santiago*” concedida por el rey Alfonso VIII de Castilla (1158-1214)¹³⁸.

Pero no nos equivoquemos sobre el sentido que revestía a los ojos de los miembros de esta *milicia* el acto de juramento de fidelidad hacia el Apóstol y su iglesia, que hacía de Pedro Fernández un canónigo de la catedral, mientras que el arzobispo se convertía en caballero de honor de la orden naciente. Basta con leer la declaración que sirve de Prólogo a la Regla que estos penitentes se dieron para comprender cuáles eran sus intenciones. El redactor le da las gracias a Dios por haber convertido y atraído hacia él a criminales y, sin duda, sabía de qué se trataba: “*Deo autem gratias qui tam scelerosos tantisque criminibus involutos de conversatione paterne traditionis, de baratro perditionis transtulit in admirabile regnum claritatis filli suis. Ut qui prius fuerant equi diaboli, nunc certatim gloriantur portare iugum Dei*” (Pero démosle gracias al Señor quien, en la intimidad de su conversación paternal, ha transportado a aquellos malvados cargados con tantos y tan grandes crímenes desde el abismo de la perdición hasta el admirable reino de su Hijo. Aquellos que antes fueron los caballeros del diablo ahora se regocijan a cual mejor de llevar el yugo del Señor)¹³⁹. Nótese que el texto dice “*equi diaboli*” y no “*milites diaboli*”, como si la noción cristiana y medieval de “*militia*” o “*servicio*” fuese incompatible con la sumisión a Satán. Habría que ser verdaderamente inocente para imaginar que Santiago toleraría bajo su pendón a “*virii omni transitorie felicitatis extollentia non parum commendabiles*” (hombres absolutamente caracterizados por gozar de los placeres efímeros)¹⁴⁰.

Por otra parte, es probable que los musulmanes que, del otro lado de la frontera se fortificaban en *ribat* para ceñirse a la prescripción coránica del “*djihād*”, es decir, literalmente, del “esfuerzo sobre el camino de Dios”¹⁴¹, compartiesen valores análogos, ya que el *djihād*, entendido como *esfuerzo* de conversión, supone el espíritu de renuncia y el sacrificio de sí que hace de aquel que muere un *shahīd* (testigo). Incluso si la expresión coránica “sobre el camino de Dios” sugiere la idea del combate por las armas, el *djihād* no tiene nada de guerra de exterminación comparable con el *khurban* bíblico. El objetivo esencial del *djihād* es establecer leyes de Dios, ya sea en la sociedad o en la conciencia. Por otra parte, resulta sintomático que en el Islam, darle crédito a un *hadīth*, la expresión *pequeño djihād* designaría a la “guerra santa” propiamente dicha, mientras que

la expresión *gran djihad* estaría reservada para el combate del alma y se aplicaría de manera muy especial a ese momento culminante del *hadjdj* que es la *estación* en el Monte 'Arafat vivida durante el peregrinaje a la Meca que conmemora el sacrificio de Abraham. Éste constituye, por lo demás, uno de los cinco *Pilares del islam*.

Bien seguro de que Santiago, que lo dejó todo para seguir al Mesías, abandonando sin dudarlo padre y barca la primera vez que se lo pidió¹⁴², no resulta ser un campeón de la apostasía y, sin duda, a imagen de Cristo, repudia a los indecisos que tardan en seguir los caminos de Dios, pues urgente es la llamada del Reino. Acaso Jesús no había dicho: "*non veni pacem mittere sed gladium*" (No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz sino espada)¹⁴³. - Y más allá: "*Et qui non accipit crucem suam et sequitur me, non est me dignus*" (Aquel que no coge su cruz y me sigue no es digno de mí)¹⁴⁴ "*Accipe*" que se podría traducir perfectamente por "*accepta*", "*consiente*" –pues qué sería un gesto semejante si no fuese totalmente libre, salvo en los casos en los que el peregrinaje es infligido a modo de castigo por los tribunales, ya sean eclesiásticos o civiles–, es el verbo que se utiliza constantemente en las fórmulas de bendición de la bolsa y del bastón del peregrino: "*Accipe hanc peram habitum peregrinationis tuae (...). Accipe hunc baculum sustentacionem itineris tue*".

Además, comentando el ritual de la bendición que preside el envío del peregrino, el autor del *Veneranda dies* no pone precisamente demasiado interés en ilusionar a sus oyentes sobre el sentido que reviste este paso: "*Peregrinalis via rectis est defectio viciorum, mortificatio corporum, relevacio virtutum, remissio peccatorum, penitencia penitentium, iter iustorum, dilectio sanctorum ...*" (La vía de peregrinación es para los corazones rectos renuncia a los vicios, mortificación del cuerpo, aumento de las virtudes, remisión de los pecados, penitencia de los penitentes, camino de los justos, amor de los santos)¹⁴⁵. La definición que Alfonso X (1252-1284) hace del peregrino en el código de las *Siete Partidas* confirma si fuera necesario el realismo de esta visión: "*Romeros e pelegrinos son omes que fazen sus romerías e pelegrinajes por servir a Dios e honrar los santos, e por sabor de fazer esto estranan se de sus logares, e de sus mugeres, e de sus casas, e de todo lo que han, e van por ajenas, lazerando los cuerpos, e despendiendo los aueres, buscando los santos*"¹⁴⁶. Ésta es la razón por la que este rey tan sabio, obliga a su gente a respetar y ayudar a los peregrinos: "*(...) E deuen los de la tierra quando passaren los romeros por sus logares, honrar los e guardar los. Ca derecho es que los omes que salen de su tierra con buena voluntad, para servir a Dios, que los otros los resciban en la suya (...). E por ende tenemos por bien e mandamos que los romeros e pelegrinos que vienen a Santiago (...) vayan et vengán saluos et seguros por todos nuestros reynos (...)*"¹⁴⁷. En cuanto a la Iglesia, a través del sermón, obliga cada domingo a sus fieles a que recen por los peregrinos para hacerse partícipe de las buenas acciones espirituales con las que estos últimos la irrigan.

El peregrinaje supone, en definitiva, un compromiso tan serio que obliga a aquellos que se quedan o que hacen juramento de estabilidad a imagen de los monjes, a recibir

al peregrino como si se tratase de Cristo en persona, de manera que esta palabra que se dirige primero a los misioneros que son los apóstoles, vale por extensión para los peregrinos: “Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado (...). Y todo aquel que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños (...) os aseguro que no perderá su recompensa”¹⁴⁸. No sólo esta invitación a la hospitalidad radical, que supone la abertura del corazón y la desposesión de uno mismo, inspiró el florecimiento particular de establecimientos hospitalarios salpicados a lo largo de los caminos desde los siglos XI y XII y más tarde aun –diferentes en esto de las hospederías y a menudo situados también bajo el patronazgo de santos asociados a las peregrinaciones como santa María Magdalena (Vézelay y La Sainte-Baume), santa Catalina (con motivo del monasterio que lleva este nombre en el Monte Sinaí), san Nicolás reverenciado como Bari, en el sur de Italia, sin hablar de Santiago–, sino que también parece que esta mística de la acogida se encuentre directamente en el origen de la imagen del apóstol peregrino cuya eclosión es precisamente contemporánea a este movimiento caritativo que extrae su ideal de un retorno a la *Vita apostolica* de los primeros tiempos cristianos.

Sanctificator et custos

En efecto, si la irrupción del *miles strenuissimus* –que combate con el hábito de peregrino o el de soldado– puede ser interpretada como la hierofanía de un santo devorado por el celo de Dios y celoso de sus derechos, ya que “*Domini est terra, et plenitudo ejus: orbis terrarum, et universi qui habitant in eo*” (del Señor es la tierra y lo que ésta encierra, el mundo y todos los que lo habitan)¹⁴⁹, la imagen del apóstol extranjero y peregrino se funde con el misterio de la Encarnación hasta en el servicio de los más pobres y desprovistos, ya sea de trabajo o de abrigo, uno derivando a menudo del otro, como de aquellos que de manera voluntaria escogieron exponerse a los azares de los caminos, aunque sea por un tiempo. Pero esta imagen va aun más lejos según parece. Si la aparición ecuestre del “Hijo del trueno”¹⁵⁰ toma prestado su fulgor del resplandor de la Resurrección anunciando la Parusía y el Juicio Final, también es posible que la humilde faz del peregrino dejase transparentar otro rostro del Cristo resucitado, en virtud del cual Jesús se mostró a sus discípulos de Emmaüs bajo la apariencia de un extranjero –“*Tu solus peregrinus es*”¹⁵¹–, el cual, a favor del *Ludus Peregrinorum*, celebrado en Pascua, se representó a partir del siglo XI con el aspecto de un *peregrino*. La imagen del apóstol peregrino no tiene otra justificación más que la del Cristo peregrino; o más bien, ambas figuras se superponen en el sentido en que, como perfecto imitador de Cristo, Santiago, no contento con mostrar el camino a sus peregrinos, se hace él mismo camino, como Cristo

había dicho: “*Ego sum via et veritas et vita, nemo venit ad patrem, nisi per me*” (Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí)¹⁵².

De este modo, el *iter sancti Jacobi* o el *caminus que ducit ad Sanctum Jacobum*, cuya mención aflora en Castilla desde el siglo XI y luego en otros lugares, es también en el sentido figurado la *via Sancti Jacobi* o Camino de Santiago prometido en favor de tal o cual circunstancia y cuya mención aparece en algunos testamentos, sobre todo cuando el difunto que se zafó de su promesa intenta prevenir las consecuencias funestas de haber faltado a su obligación, por ejemplo, haciendo que su heredero lo cumpla por él. Un deslizamiento semántico semejante parece sólo posible porque el Apóstol es percibido como el fin y el medio del peregrinaje. Es él quien llama y es el que acoge. Mejor aún, es el que alimenta al peregrino –“*Pastor et panis positus vianti*” (Pastor y pan expuesto al caminante), como lo canta un himno incluido en el *Codex Calixtinus* tras el “*Dum pater familias*” y justo después de la relación del milagro acontecido en 1139, a un tal de Brun, de Vézelay, al que el Apóstol alimenta con un pan¹⁵³–, ya que, en definitiva, se ofrece él mismo como viático para el peregrino. Ésta es la razón por la que una madera grabada que ilustra un armario de indulgencias concedido en favor de aquellos que contribuyen con sus limosnas a la edificación del gran Hospital de Santiago de Compostela, impreso en Winchester, en el año 1498, le aplica este versículo: “*Virga tua, et baculus tuus : ipsa me consolata sunt - ta houlette et ton bâton sont là qui me consolent*”¹⁵⁴, cuyo contexto explica bastante bien el sentido: “Aunque pase un barranco de tinieblas no temo ningún mal pues tú estás cerca de mí”¹⁵⁵.

Es así como el apóstol peregrino, Santiago, emprendió el mismo camino que el Cristo que se apareció en el medio de los discípulos de Emmaüs, de cuyos ojos cae la venda cuando éste reparte el pan: “*Per hanc ergo viam post Christum venit, quia corpus suum sicut Christus pro eo ad passionis supplicium tradidit, quapropter illum in gloria immitavit, ipso testante, qui ait: “Et ubi ego sum, illic et minister meus erit*”¹⁵⁶ (Y por este camino siguió a Cristo, porque entregó su cuerpo al suplicio como Cristo por él y, por tanto, lo imitó en la gloria, según él mismo atestigua al decir: “Y donde yo esté allí estará también mi servidor”)¹⁵⁷. Y de este paralelismo resulta que la imagen de Santiago peregrino no es menos crística que la del apóstol en majestad. De hecho, estas efigies derivan tanto una como otra de modelos iconográficos forjados primero, según parece, por Cristo, como lo demuestra la anterioridad del Cristo de Silos o la del marfil del Metropolitan Museum y muchas otras representaciones del Cristo peregrino, sobre la espléndida efigie de Santiago descubierta por Manuel Gómez Moreno, reutilizada en el campanario (espadaña) de Santa Marta de Tera. Por tanto, se puede concluir diciendo que en cierto modo todas las figuraciones de Santiago son epifanías de Cristo resucitado.

Por tanto, el Soberano Pontífice no estaba engañado cuando, tomando la palabra bajo un calor sofocante, el 20 de agosto de 1989, ante una multitud de jóvenes venidos de los cuatro puntos cardinales en las pendientes del Monte do Gozo, les dijo sin ambages:

“¡No temáis ser santos! La libertad es la razón por la que Cristo nos ha liberado (...). Hijos míos abrid a Él”. Era ésta una continuación lógica a la llamada lanzada bajo la lluvia en el mes de noviembre de 1982 por el mismo Santo Padre: “Yo, obispo de Roma y pastor de la Iglesia universal, desde Santiago de Compostela lanzo mi grito de amor hacia ti, vieja Europa, Reencuéntrate contigo misma, sé tú misma, redescubre tus orígenes. Reaviva tus raíces (...)”¹⁵⁸. Efectivamente, resulta difícil hablarle a Santiago otro lenguaje que no sea el del apóstol. Estas declaraciones causaron temor y quizás, en efecto, la herencia de Santiago es un vino demasiado fuerte para una sociedad que confunde gustosamente libertad y permisividad, laicidad y secularización. Paradójicamente, en el momento en que la imagen del Apóstol, que nunca ha sido tan actual, parece molestar a la *vieja Europa*, podemos apostar que tiene un bonito futuro por delante, ya que quién sino el Matamoros, encarnación de la fidelidad a la palabra dada, es capaz de tenderle la mano a quien fuere, ya sea musulmán, él que encarna las dos dimensiones del Islam.

Por lo demás, ésta es la razón por la que el humilde peregrino y el campeón de la Fe tienen un mismo significado. Estas imágenes expresan en acta la virtud de Santiago que ha obtenido de Dios el ser fundamentalmente *sanctificator et custos* (protector y santificador) de su pueblo. ¿Como peregrino, no santifica a aquellos que llama a sus caminos mientras que espoleando a su destretero blanco es el defensor incondicional de la Iglesia y el protector decidido de todos los que lo invocan desde lo más

hondo de su desesperación? El famoso “*Dum pater familias*”¹⁵⁹ reúne ya todas las potencialidades que encierra la figura de Santiago, exactamente como la visión del caballero celeste que porta el baldaquino, y la imagen del peregrino se superponen encima del “*camarín*” rutilante de plata y de bermejo en el que se encuentra encastrada la efigie del Apóstol en majestad que está suspendido sobre el altar mayor de su catedral y al cual sus peregrinos abrazan con efusión. Se tiene constancia de que sobre el *Tumbo B* compilado a principios del siglo XIV¹⁶⁰, el *miles strenuissimus* aparece por debajo del Apóstol en majestad en un contexto eminentemente crítico, el que había conducido a los burgueses de Compostela rebelados contra su arzobispo a apoderarse del castillo de la Rocha.



Santiago (siglo XII).
Santa Marta de
Tera. Zamora

Otro ejemplo permite demostrar cómo estas manifestaciones de Santiago toman prestado su resplandor a una única fuente luminosa.



En 1525, Jehan Lallement y Anne Chenu, su mujer, burgueses de Châlons-en-Champagne, ofrecen a su iglesia, Nôtre-Dame en Vaux, una espléndida vidriera dedicada a Santiago (ventanal 27). Esta obra, que por suerte se conserva, se compone de dos registros desarrollados en tres ojivas alargadas sobre las que se sobrepone un tímpano completamente calado. En el primer registro, el Apóstol sentado en un trono, recibe la plegaria de los esposos presentados respectivamente por el Precursor y por santa Ana que acompaña una deliciosa Virgen y el Niño. Santiago, que medita la Palabra y quizás reflexiona sobre el relato que los discípulos de Emmaüs hicieron a los Once cuando se reunieron con ellos en Jerusalén —“¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”¹⁶¹—, sostiene su bastón de peregrino y lleva el gran sombrero de ala levantada sellada con una sola concha. Por encima se desarrolla con gran estrépito una escena de batalla. El Apóstol, que cabalga su destriero blanco, se lanza a la contienda a cuerpo descubierto, estrechando el estandarte de la cruz y blandiendo una cimitarra resplandeciente. Él se eleva justo por encima de la efigie del peregrino sentado y lleva la misma túnica azul cubierta por un manto rojo. Aunque sea un sólo personaje, la identidad de los rasgos lo confirma tanto o más que el sombrero de peregrino

coronado por esa pequeña aureola amarilla en forma de platillo volante. Se trata además de una pieza de los arreos de ese caballo sobre la que Mathieu Bléville, que se inspiró en el grabado de Martin Schongauer (ca 1450-1491), actualizando el armamento, firmó y fechó su obra. Elegantes frisos ornados de *putti* separan a ambos registros aislándolos de la visión suprema que corona esta vidriera. En lo alto, envuelto en una gloria de fuego, el Cristo de la Transfiguración se eleva sobre la montaña, con el rostro inclinado y las manos abiertas, como si anunciase la misericordia de su cruz. Justo por debajo, en los dos cuadrilóbulos que desaparecen en la punta de las ojivas, los tres discípulos

más próximos se incorporan maravillados tendiendo sus manos hacia el Señor: a la izquierda, Pedro y Juan con Moisés, a la derecha, Santiago solo con el profeta Elías. Se le reconoce por su túnica azul y su manto escarlata, pero sin el sombrero.

Así, de arriba a abajo, aparecen sucesivamente el discípulo iluminado por la visión del Thabor, el “hijo del trueno” revelado en un relámpago, volando en ayuda de los suyos, y el peregrino glorioso, en la intimidad de su santuario que perfuma su bienaventurada presencia. Esta vidriera está estructurada a modo de retablo que superpone a la imagen de la adoración, inmóvil y estática, el resplandor del milagro que manifiesta la intervención carismática del santo ante la plegaria de los esposos Lallement, y la justificación de su acción que reside en el bautismo de fuego recibido en el Thabor y confirmado el día de Pentecostés.

Es en esta perspectiva como Santiago –*LUX ET DECUS HISPANIAE*, puesto que su cuerpo reposa en Compostela– está para siempre en Jesucristo, ya que no se podría separar el discípulo del maestro, “luz & antorcha del mundo”, como gustosamente recoge la vieja *Oración* de los peregrinos, “Luz de conciencia y faro de salvación”, según las palabras del himno que se canta en honor a Guaqui, en México, el día de su fiesta.

NOTAS

- 1 § 70.
- 2 § 756.
- 3 Tours, Ms. 205, fol. 72.
- 4 § 225.
- 5 § 438.
- 6 Tours, Mame, 1961.
- 7 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 22, fol. 103 v°.
- 8 *Ibidem*, cap. 23, fol. 111 v.
- 9 *Ibidem*, fol. 112 v°.
- 10 LÓPEZ FERREIRO, A.: *Historia de la S.A.M.I. Catedral de Santiago*, Santiago de Compostela, 1898, I., p. 450.
- 11 Santiago de Compostela, Archivo de la Catedral, Ms. 3, fol. 404 r°, col. b.
- 12 Londres, Sir John Soane's Museum.
- 13 Tournai, Biblioteca Municipal, cod. 4A, fol. 1, ca. 1489.
- 14 Ac. 12, 1-2.
- 15 T. 12, 1765, p. 282.
- 16 París, B.N.F., Res. Ye 3897, p. 35.
- 17 Mc 3, 17.
- 18 Lc 9, 54-55.
- 19 Jc 1, 1.
- 20 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 23, fol. 112 r°.
- 21 Jn 8, 12.
- 22 Jn 15-15.
- 23 Mt 10, 24; Lc 21, 12-19.
- 24 Mt 5, 14.
- 25 Mt 4, 18-22.
- 26 Mt 19, 28.
- 27 Mt 20, 26-27.
- 28 Mt 20, 20-23.
- 29 Mt 16, 16.
- 30 Jn 6, 35.
- 31 Jn 10, 9.
- 32 Mt 4, 19.
- 33 Mt 22, 2-10.
- 34 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 17, fol. 78 r°.
- 35 *Ibidem*, lib. II, cap. 19, fol. 153 v°.
- 36 *Ibidem*, lib. V, cap. 9, fol. 182 v°.
- 37 Jc 1, 12.
- 38 Is 49, 6.
- 39 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 6, fol. 27 r°.
- 40 *Ibidem*, cap. 17, fol. 75 v°.
- 41 *Ibidem*, fol. 76 r°.
- 42 Mt 20, 20-23.
- 43 Mt 16, 28.
- 44 Mt 16, 18-19.
- 45 Lc 24, 36.
- 46 Jn 14, 27.
- 47 Ep 2, 17.
- 48 Mt 26, 32.
- 49 *Liber Sancti Jacobi*, lib. V, cap. 9, fol. 181 r° y v°.
- 50 Mt 20, 20-23.
- 51 Lc 12, 35.
- 52 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 2, fol. 9 v°.
- 53 *Ibidem*, cap. 7, fol. 31 v°.
- 54 *Ibidem*, fol. 9 v°.
- 55 *Ibidem*, fol. 31 v°.
- 56 *Ibidem*, cap. 2, fol. 10 r°.
- 57 *Ibidem*, cap. 17, fol. 82 v°.
- 58 Lc 9, 3..
- 59 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 17, fol. 80 r° y v°.
- 60 *Ibidem*, fol. 84 r°.
- 61 Lc 9, 1.
- 62 Mt 10, 8.
- 63 Mt 17, 17 et 21.
- 64 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 17, fol. 78 r°.
- 65 *Ibidem*, fol. 76 r°.
- 66 Jn 12, 24.
- 67 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 7, fol. 42 v°.
- 68 *Ibidem*, fol. 43 r°.
- 69 *Ibidem*, lib. II, VII, VIII, IX, X.
- 70 *Ibidem* I, XI, XIV, XXIII.
- 71 *Ibidem*, XI, XIV.
- 72 *Ibidem*, XII.
- 73 *Ibidem*, IX, XII, XIII, XXI.
- 74 *Ibidem*, XV.
- 75 *Ibidem*, XX.
- 76 *Ibidem*, XVI.
- 77 *Ibidem*, VI.
- 78 *Ibidem*, IV.
- 79 *Ibidem*, XVII.
- 80 *Ibidem*, V.
- 81 *Ibidem*, II.
- 82 *Ibidem*, III.
- 83 *Ibidem*, XVIII.
- 84 *Ibidem*, XIX.
- 85 *Ibidem*, lib. I, cap. 17, fol. 78 v°.

- 86 Ibidem, lib. II, XX.
- 87 Ibidem, I.
- 88 Ibidem, VI.
- 89 Ibidem, (XIX)
- 90 Ibidem, lib.II, cap. IX, fol. 147 r° y v°.
- 91 Ibidem, VIII, fol. 146 v°.
- 92 Ibidem, XVII, fol. 152 r°.
- 93 Ibidem, III, fol. 143 r°.;
- 94 Ibidem, lib. II, VII.
- 95 Ibidem, XVI, fol. 150 r°.
- 96 Ibidem, lib. II, XXI.
- 97 Ibidem, I y XX.
- 98 Ibidem, VIII y IX.
- 99 Ibidem, XI.
- 100 Ibidem, VIII
- 101 Ibidem, IX, fol. 147 r°.
- 102 Ibidem, lib. II, IV et XVIII.
- 103 Ibidem, XXI.
- 104 Ibidem, XXI.
- 105 Ibidem, XIX.
- 106 Ibidem, XVIII.
- 107 Ibidem, XVIII, fol. 153 r°.
- 108 Chantilly, Museo Condé, Ms 1196, fol. 215 r°, 1463.
- 109 *Liber Sancti Jacobi*, Lib. II, XIX.
- 110 Ibidem, XIX.
- 111 Ibidem.
- 112 *Liber Sancti Jacobi*, XIX, fol. 153 v° y 154 r°.
- 113 Ibidem, lib. II, VII.
- 114 Ibidem, IV.
- 115 Ibidem, lib. V, cap. 7, fol. 166 v° y 167 r°.
- 116 Ibidem, IV, fol. 144 r°.
- 117 Ibidem, lib. II, IV.
- 118 Ibidem, XVI.
- 119 Ibidem, V.
- 120 *Historia Compostelana*, I, § 19 y 20; LÓPEZ FERREIRO, A.: Op. cit., III, p. 239.
- 121 Biblioteca Palatina, Ms. Misti B 24, fol. 1 v°.
- 122 *Las Peregrinaciones*, 1949, t. 3, n° 81, p. 115.
- 123 LÓPEZ FERREIRO, A.: Op. cit., 1907, IX, ap. n.° 12, pp. 53-74
- 124 Ibidem, pp. 322-323
- 125 Ibidem, Ap. 12, p. 57 y 63.
- 126 *Santiago y América*, Santiago de Compostela, 1993, p. 42.
- 127 LÓPEZ FERREIRO, A.: Op. cit., 1907, IX, p. 320.
- 128 *Santiago y América...*, op. cit., p. 45.
- 129 Ibidem, p. 43.
- 130 Ibidem, fig. 6, p. 247.
- 131 Ibidem, p. 46.
- 132 Ibidem, p. 399, n. 117.
- 133 Ibidem, p. 400.
- 134 Ibidem, p. 225.
- 135 *Santiago Camino de Europa*, Santiago de Compostela, 1993, n.° 117 y 114.
- 136 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 7, fol. 31 v.
- 137 *Santiago Camino de Europa...*, op. cit., n. 116.
- 138 Madrid, Archivo Histórico Nacional, Códices, 1046B, fol. 15.
- 139 Roma, Ms. Vaticano Latino 7318, finales del siglo XII.
- 140 Ibidem.
- 141 Sárate 49, v. 15 y sárate 61, v. 11.
- 142 Mt 5, 22.
- 143 Mt 10, 34.
- 144 Mt 10, 38.
- 145 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 17, fol. 80 r°.
- 146 *Partidas*, I, 23.
- 147 Ibidem, I, 23, 2.
- 148 Mt 10, 40 y 42.
- 149 Psaume 23, 1.
- 150 Mc 3, 17.
- 151 Lc 24, 18.
- 152 Jn 14, 6.
- 153 Codex, fol. 193 v.
- 154 Psaume 22, 4.
- 155 Ibidem, 22, 4.
- 156 Jn 12, 26.
- 157 *Liber Sancti Jacobi*, lib. I, cap. 7, fol. 43 r.
- 158 *La Documentación Católica*, 1841, p. 1130.
- 159 *Liber Sancti Jacobi*, fol. 193 r.
- 160 Santiago de Compostela, Archivo de la Catedral, 2.
- 161 Lc 24, 32.

Las exposiciones del Xacobeo 2004: Luces de Peregrinación	José Manuel García Iglesias	21
Luces de Peregrinación	Francisco Singul	25

SANTIAGO, LUZ DE EUROPA

Santiago, luz de Europa	José Manuel Cruz Valdovinos	31
Obra	50	

LA CIUDAD DEL APÓSTOL

Sede real y sede apostólica:

Oviedo y Compostela en la Alta Edad Media

<i>El locus Sancti Jacobi</i> , un santuario para el reino astur-leonés. Problemas en torno a los orígenes de Santiago	José Suárez Otero	89
Obra	98	

La ciudad universal

Santiago de Compostela, ciudad universal. La construcción de unas señas de identidad propias	Juan M. Monterroso Montero	133
Obra	150	

CULTURA Y PEREGRINACIÓN

Cultura y peregrinación	Francisco Singul	231
Obra	248	

CAMINO DE DEVOCIÓN, LUZ DE SANTIDAD

Camino de devoción, luz de santidad	Francisco José Portela Sandoval	299
Obra	318	

LA LUZ DE LA MEMORIA. EL TESORO DE SAN MARTIÑO PINARIO

La orfebrería	Mariel Larriba Leira	353
Obra	362	

EL CULTO A SANTIAGO Y LA ICONOGRAFÍA JACOBEA

La imagen de Santiago a través de la plegaria de la Iglesia, de sus milagros y de sus apariciones	Humbert Jacomet	393
Obra	438	

CATÁLOGO DE OBRA

461

EXPOSICIÓN

Comisario General de las exposiciones del Xacobeo 2004

José Manuel García Iglesias

Comisario

Francisco Singul

Coordinación

Galicia

Carmo Iglesias Díaz

Principado de Asturias

Pablo León Gasalla

Castilla y León

Luis Grau Lobo

La Rioja

José Abel Bayo Martínez

M^a Teresa Sánchez Trujillano

M.E.C.D.

María Parra Crego

Rosa M^a Vallejo Martín

Montaje

Diseño y dirección

María García-Alén

Ramón Pinal Rodríguez

Realización del montaje

Exmoarte S.A.

Transporte y seguros de obra

Sit transportes internacionales, S.A.

Atlas de la catedral románica de Santiago: narración visual e interpretación artística

Autores

Sonia M^a Fernández Pérez

Victoriano R. Nodar Fernández

Asesor científico

Manuel A. Castiñeiras

Programación y diseño audiovisual

Eduardo Gutiérrez Sanmartín

Diseño gráfico y fotografía

Sonia M^a Fernández Pérez

Victoriano R. Nodar Fernández

Música

César Arias *percusión y organistrum*

Francisco Luengo *vyola y organistrum*

Valentín Novío *cítola*

Xurxo Varela *vyola y percusión*

Traducción

Dolores Abalo Martínez

Cecilia García López

Redacción de textos

Belén Besada Pérez (B.B.)

Carolina Casal Chico (C.C.)

Manuel A. Castiñeiras (M.A.C.)

Sonia Fernández Pérez (S.F.P.)

Victoriano R. Nodar Fernández (V.R.N.F.)

Taller de restauración del Xacobeo

Pilar Ron Güimil

ATLAS

Vania López Arias

Eva Torres Rodríguez

Restauración de orfebrería

Dirección

Ángel, S.L.

Transporte de obra restaurada

Boquete

Seguros de obra restaurada

Vitalicio Seguros

Reconstrucción de la Cruz de Alfonso III

Dirección

Ángel, S.L.

Coordinación de los trabajos

José Iglesias Díaz de Ulloa

José Iglesias González

Asesores y colaboradores técnicos

Manuel A. Castiñeiras

Sagrario Abelleira Nuñez

Ángela Franco Mata

Antonio González Millán

Carmo Iglesias Díaz

Rafael Reviriego Hernández

Francisco Singul

María Suárez-Inclán

Manufactura Talleres Joyería Ángel

Ricardo Alejandro de la Iglesia Amaro

Ricardo de la Iglesia López

Lapidario

Willem Fokkelman

PUBLICACIÓN

Edita

Xunta de Galicia. Consellería de Cultura, Comunicación Social e Turismo.
S.A. de Xestión do Plan Xacobeo

Director de la edición

José Manuel García Iglesias

Coordinación

Marcelina Calvo Domínguez

Carmo Iglesias Díaz

Juan Navarro

Fotografía

Xenaro M. Castro

Archivo fotográfico de la S.A. de Xestión do Plan Xacobeo

Archivo fotográfico del Museo Arqueológico Nacional (159, 161, 163, 165, 249, 251, 257, 259, 261, 263, 265, 267)

Imagen M.A.S. (253, 255, 324, 325, 329, 331, 333, 335, 337, 343)

Álvaro Aragón Lago (319, 321, 322, 323)

Lorenzo Arias Páramo (104, 105, 107, 109, 111, 113)

Manuel A. Castiñeiras (152, 180)

Manuel Chamoso Lamas (87, 90, 91, 93)

Gérardo Gil (94)

Humbert Jacomet (396, 398, 402, 404, 405, 407, 410, 411, 414, 426, 427, 428, 433, 434)

Sergio Ríos González (268, 269)

Supervisión lingüística

José Fonte

Francisco Souto

Ruf Vázquez

Diseño y maquetación

Uqui / cebra

Impresión

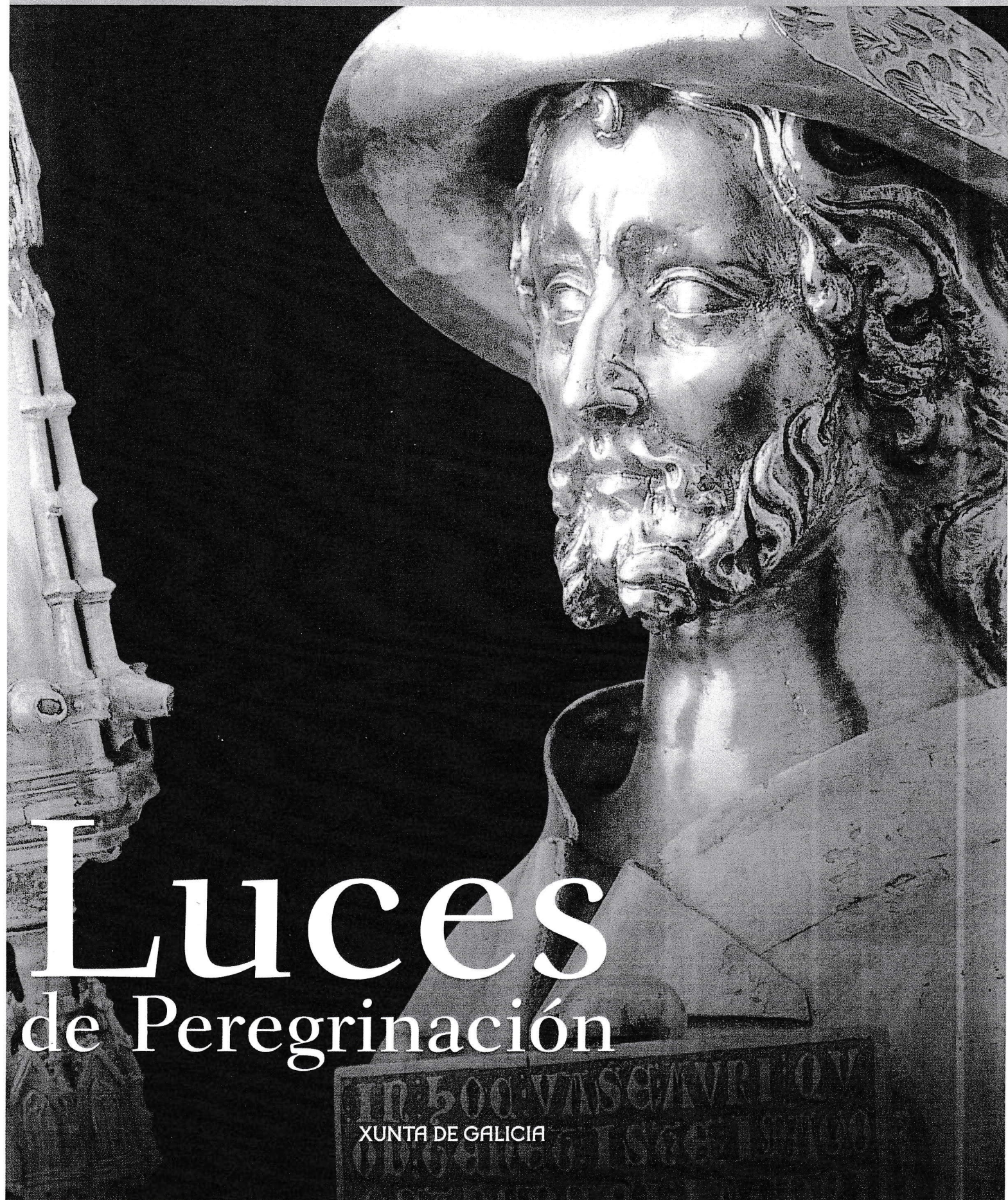
Gráficas Varona, S.A.

ISBN: 84-453-3699-1

D.L.: S-1.696-2003



XACOBEO 2004
Galicia



Luces de Peregrinación

XUNTA DE GALICIA